

La Esfera



Año II * Núm. 77

Precio: 50 cénts.



*Como un oasis en medio
del desierto el Jabón
de **HENO DE PRAVIA** 
es el único
que proporciona
fresco agradable
en el verano.*



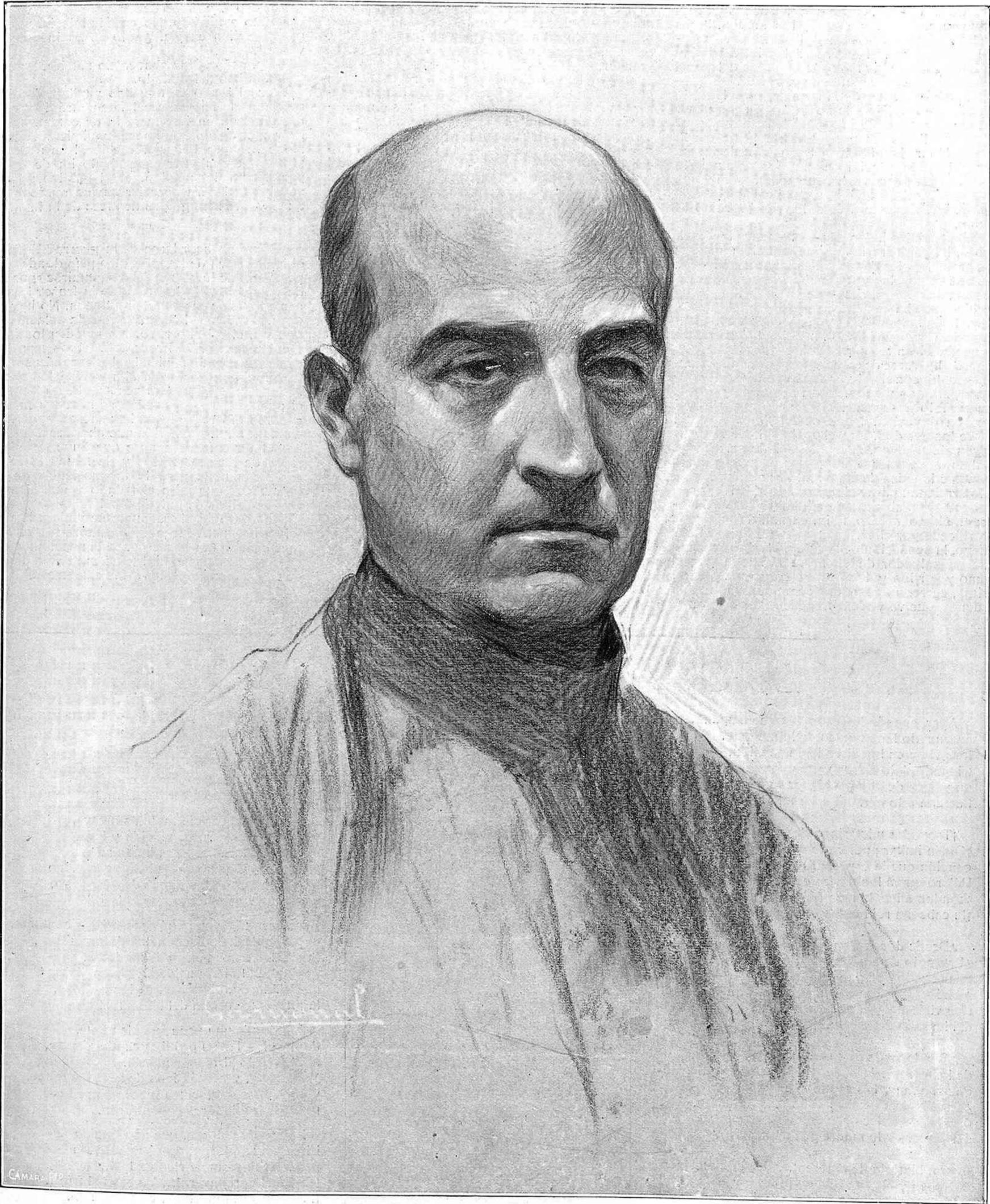
A. Ehrmann.

La Esfera

Año II.—Núm. 77

19 de Junio de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



P. LUIS COLOMA

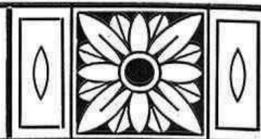
DIBUJO DE GAMONAL

Virtuoso jesuita é insigne novelista y académico de la Española, que ha fallecido en Madrid





DE LA VIDA QUE PASA LOS DEFRAUDADOS



TODAVÍA encontraréis por los alrededores de Madrid, en la cuneta de un camino, al pie de un vallado, en los arriates de los árboles y aun en pleno campo, entre los surcos, hojas sueltas del archivo de las Salesas. La letra curialesca os atrae. El reborde del folio, calcinado en festón, hace resaltar en la blancura del papel de oficio esos garrapatos de estructura arqueológica tan diferentes de la letra que usa el propio curial para escribir á la novia ó para entretener al acreedor. ¿Qué dirán? ¿Qué delito descubren? ¿Qué expoliación amparan? Si tratáis de descifrarlos hallaréis un solo párrafo empedrado de gerundios, sin principio ni fin, porque un folio no basta para desenvolver en palabras ninguna idea jurídica. El principio y el fin están carbonizados, y los otros folios los desparramó el viento.

Esas terribles hojas de papel—nunca inofensivas—, han de mirarlas de muy distinta manera los profesionales de las Salesas y sus clientes; los que empapan y los empapelados. Yo confieso que no me entristece la profanación de un archivo judicial por las llamas y por el viento. Miro los pliegos de literatura curial, exhibiéndose desvergonzada á la luz del sol, con el afecto que inspiran los seres y las cosas que han logrado liberarse de su destino. En vez de una lucha secular con el polvo y con la polilla; en vez de aguardar años y años, amarillentas de tedio, el ataque de los ratones, esas hojas corren peligros, perecen ó vuelan, locas de delicioso espanto, sobre los tejados. Por ellas hay hombres que llegan el heroísmo, más allá del deber. ¿Cómo podían sospechar ese momento en que unas manos crispadas de emoción, tiran de un legajo y lo arrebatan para salvarlo como si salvaran un tesoro? ¿Y el abrazo de un hombre que va á morir; el último abrazo fibio, carnal, de una vida sacrificada por ellas, nada más que por ellas? Luego, la sensación de la caída, al mismo tiempo que su salvador da en tierra ahogado por el humo y por los golpes de su corazón... Luego, gritos, carreras, gente que se amontona, que da órdenes, que va y viene frenética, hasta llevarse

el cuerpo ¡tan pesado! ¡tan blando! como un pelee... Y luego, en el silencio que reina cuando todos huyen—silencio de muerte, silencio de archivo—, suena el chasquido del balduque roto al beso de la primera llama, y el fuego bordea, resbala, encoge sus garfios como si no quisiera prender, vuelve lentamente á morder en los flancos, y el legajo siente que el muy traidor va buscándole las entrañas... ¿Cuándo iban á esperar las miserables hojas de esos autos un minuto tan trágico, como aquel en que saltaron los cristales, y una bocanada de viento, más furioso que el fuego, las arrastró por la ventana? ¡El placer de volar vivas y libres, aunque no indemnes! ¡La extraña impresión del agua pulverizada que no venía de las nubes, sino de las bombas de incendio!... ¡Y sobre todo la medrosa intensidad de aquel cielo cárdeno por donde huían como proyectiles, como aves de tormenta, como brujas al aquelarrel!...

Esas hojas, mustias ya por la lluvia, compañeras de los terrones campesinos y de los déditos ciudadanos, pueden decir que han vivido. Aunque se pierda para siempre el documento probatorio, ¡bien fugadas están! Lo que ellas probaban ¿qué trabajo les cuesta á los hombres de la curia volverlo á probar?

ooo

Quando las alas del Palacio de Justicia hervían como una caldera, en lo alto asomaban unas lucecitas lívidas y por las ventanas, sin vidrieras, pasaba la sombra intrépida del bombero, el héroe á jornal; cuando ya estaba en el suelo, entre escombros, el reloj de las Salesas y los dos jarrones de piedra que antes le dieron guardia triunfaban coronando la ruina, el pueblo de Madrid comentaba á su modo el incendio. ¿Con emoción? ¿Con pena? Yo creo que no.

Ante todo, es necesario distinguir entre «pueblo» y «público». El pueblo siempre es capaz de acción. El público va al espectáculo; por consiguiente, su actitud es pasiva. El pueblo encuentra pronto el límite de su acción. El público no se satisface ni aun llegando á lo épico y á lo ma-

ravilloso, porque su insaciable voracidad está dispuesta siempre á más.

Por eso el público decía:

—Esto está visto. No arde la iglesia. Las paredes quedan en pie. ¿Esto es un incendio de verdad?

—No, señor. Han exagerado mucho.

—Nos han defraudado.

Y en el fondo de aquellas pupilas, donde se reflejaba el cielo más bellamente trágico, adivinábamos un ansia temeraria de catástrofes de gran aparato, con víctimas, hundimientos, explosiones... Para llegar á ese ideal es necesario tanto, que cualquier espectáculo ha de quedar por debajo del público, si el público no tiene sensibilidad para apreciar en los sucesos más que los grandes golpes de maza de la fatalidad.

ooo

¿Cómo no acordarse de la guerra? Yo no sé si habrá fuera de España otro país donde el espectáculo de la guerra deba sustituirse «por falta de público». ¿No hemos oído la frase? Los espectadores se sienten defraudados. No hay ataques á fondo en el Oeste. No queda aplastado de una vez el ejército ruso. No invaden los italianos los territorios irredentos. Ni los zeppelines destruyen Londres; ni salen las escuadras á destruirse mutuamente en alta mar; ni los aliados recuperan Bélgica para penetrar hasta Berlín; ni el paso de los Dardanelos se resuelve en unos cuantos días... Todo va lentamente, soporíferamente... La ancha herida que ahora recibe Europa; el torrente de sangre que fluye de ella; la ruina de tantos pueblos y de tantas ideas, no significan nada para la inconsciencia de este espectador que mira el mundo y sus historias como páginas de folletín ó películas de cine.

¡Ah! Pero si el traspunte se viniera hacia él y le gritara: «¡A escena! ¡Que ahora te toca á ti!», ¡qué cambio tan brusco para la sensibilidad del espectador defraudado! ¡Qué modo tan distinto de medir los accidentes y las catástrofes!

Luis BELLO

LAS AVES DEL DOLOR

Ayer, cuando los ecos de una campana, entonando las pompas de la mañana, formaban en los aires lenta canción, trinando dulcemente vagas congojas, un pájaro de plumas blancas y rojas llamaba á los cristales de mi balcón.

¡Trovador misterioso de la alborada!...
¡Quién imitar pudiera la prolongada canción que la esperanza dijo por ti!...
Pájaro que á los tristes cantar se atreve,
¡con las alitas blancas como la nieve!
¡la cabecita roja como el rubí!

¿Desde dónde llegaste, cantor divino?
¿Presagio de amor eras, ó peregrino enamorado andante del Ideal?
¿Qué buscas que no encuentras, y quién te envía rica visión alada de la armonía, del imperio del aire paje real?

¿Qué leyenda en tus alas llevas escrita, de imborrables traiciones ó paz bendita, que el alma y los sentidos enajenó?
¿Era historia de amores la que contabas, ó aquellos dulces ecos rememorabas del cantar de la madre que me arrulló?

¡Era historia de amores!... Era la historia dolorosa y alegre, que en la memoria de todo ser humano perenne está: anhelos sin fortuna, fe santa, y dolo, caricias y traiciones... ¡lo que tan sólo cuando se acabe el mundo se acabará!



¿Vienes, cantor y heraldo, como un gemido de lacerado pecho? ¿Como un latido de corazón que busca mi corazón?
¿O es tu canción de alegres repercusiones en las que laten juntos dos corazones en la monotonía de otra canción?

Si fraternal caricia tus alas mueve, y la que anhelo roza, plácida y leve, mi dolorida frente, llega hasta mí...
¡Cantor soy como el ave! Soy peregrino trovador que en las almas dejó su trino, y aliento, fe, ilusiones, ¡todo lo di!

No eres tú de esos pájaros, tristes cantores, cuyas endechas dicen viejos dolores; ¡los fieles compañeros de mi dolor!
Aves que al nido vuelven... ¡Aves divinas que aliviaron, piadosas, de las espinas, la punzante corona del Redentor!

Allí donde una pena sus alas bate, donde el dolor su pródiga caudal desate, allí las golondrinas acudirán...
Y amantes, y nostálgicos de horas serenas, y olvidados y ausentes, para sus penas trinos consoladores encontrarán.

Pájaro de colores, que una fingida irisación te adorna; no es de mi vida penacho tu plumaje rico de luz...
¡Vuelve la primavera!... Ya cesó el frío...
¡Mis fieles golondrinas, en torno mío, van á labrar sus nidos sobre mi cruz!

J. SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

IDEA Y ACCIÓN



Desolador aspecto del campo de batalla en la línea del frente francés

ANDRÉ Suárez en 1907, escribiendo sobre Tolstói le echaba en cara el no haber tomado parte, no en una revolución, sino en una resignación activa de su pueblo. «Si el pueblo de Moscú y de San Petersburgo — decía — se hubiese armado para obtener derechos, habría sido justo que Tolstói rehusara tomar las armas. Pero ese pueblo ha ido suplicante á la morada de sus amos. Cantaba salmos. Se puso de rodillas para exigir un poco pan y el derecho de llorar. El hambre de este pueblo es indecible y su dolor secular. Es de rodillas como se le ha fusilado. Sobre el parapeto de los puentes y en los árboles se ha disparado sobre los niños como sobre gorriones. El puesto de Tolstói estaba allí y no en su escritorio. Es allí donde debió haber muerto, como profeta ruso, á la cabeza de su pueblo; puesto que este pueblo, cuando se revuelve, ruega y besa la mano que le golpea... y acaso Tolstói, en la plaza en que el pueblo ruso, de rodillas, fué asesinado un día de invierno, impunemente, habría evitado la matanza... Y qué gloria para él si se le hubiera echado á un calabozo ó se le hubiese ahorcado. No hay que ser apóstol ni testigo de un dios á medias. Como dice Pascal, no creo sino en los dioses cuyos testigos están ensangrentados.»

Sé que va á escandalizar á muchos de mis lectores lo que voy á decir en contestación á esas razones de Suárez, pero debo decirlo. No; Tolstói, cuya arma fué la pluma, no debió ir á la plaza pública á que le fusilaran con su pueblo ó á impedir su fusilamiento. Y si no, ¿quién hubiese contado y comentado luego aquella matanza? Y en toda revolución, sea de la índole que fuere, hace falta un historiador, hace falta un cantor de ella. Y una revolución no engendra otras sino mediante su historia, su relato. Ni la acción da acciones sino mediante ideal, ni la idea da ideas sino mediante la acción. Es como el hombre y su germen. O es como el árbol y la semilla.

Más adelante dice Suárez del mismo Tolstói: «¡Ha soñado tanto dar una ley á su pueblo! Es como Pedro, si Pedro hubiese sido el rey de Roma. No hay más que un soberano en Rusia; es Tolstói. Dentro de cien años, ó de mil, no se comprenderá ya lo que quiso hacer. Se reirá acaso de su terquedad por la espalda encorvada y el arado. No se verá ya en él más que al poeta. Su pueblo, en la obra de arte, amará su propia vida. Porque los pueblos, como los hombres, no aman más que á sí mismos. Y, sin embargo, nosotros, los que hemos vivido cuando él iba á aca-

bar de vivir, sabemos bien que en Tolstói hay algo más grande que su obra, y es él mismo.»

Si es que él mismo, digo yo, era algo diferente de su obra. Y para completar su obra, que era contar cómo los otros se dejaban matar y comentarlo, no debió él dejarse matar con ellos. Debíó resignarse á vivir. Y que nadie se indigne de esto que digo. Homero suscita Aquiles, pero Homero debe procurar sobrevivir á Aquiles para contarlo.

En otro escrito sobre Tolstói, éste de 1898, el mismo Suárez escribía: «Los hombres de Occidente, ó hartos de obrar ó sin fuerza, se hacen teorías de la acción para distraer con ellas un vago deseo. Las hay inciertas y singulares, en que se siente la impotencia de las gentes de letras y la decrepitud á que lleva la literatura. La mayor parte de las veces oponen el pensamiento á la acción. Acaban por no entender la acción sino bajo la especie bruta, la más material. Les parece que un hombre en acción es el que da puñetazos por oficio, ó á lo menos el que da la vuelta al mundo ó atraviesa el Africa. Quien las creyera no estaría lejos de creer que Descartes, redactando su método, no es hombre de acción. La acción, en fin, tal como la predicán, no es más que una opinión literaria. Y como vino la moda, puede pasar. Me imagino que esos espíritus enervados, en su inquietud de no obrar como es menester por el pensamiento, confiesan sobre todo la vanidad de su literatura. Y es verdad; lo que escriben no importa nada, pero no importaría más que fuesen plantadores, perezosos bajo los trópicos, ó acróbatas. Y no tienen razón en tramarla con Descartes. La acción no está en las formas del acto; depende de la fuerza del alma. Que las almas sean capaces de obrar; he aquí el punto.»

Que la acción es en cierto modo pensamiento — la acción consciente, claro está — es tan claro como que el pensamiento es acción. No cabe que se ejerza fuerza alguna sin alguna forma de acción, y no cabe forma sin fuerza ejercida. Donde no hay tiro de bala de cañón no hay parábola de trayectoria, y no cabe parábola de trayectoria sin tiro. Pero es menester que quien se pone á estudiar las leyes de la parábola se dedique á disparar cañonazos.

Y vuelvo á insistir, todo acto obra mediante la idea del acto. Es decir, obra mediatamente más tarde, en repetición. Las grandes acciones cívicas de los romanos tuvieron su efecto más inmediato, pero á la vez se reflejaron idealmente en los escritos de Tito Livio, de Tácito, de Salus-

tio, de otros, y estos escritos, obrando sobre los espíritus de los enciclopedistas del siglo xviii y de otros, dieron forma, dieron ley de trayectoria á las grandes acciones cívicas de la gran Revolución francesa. Y esta Revolución á su vez, además de sus efectos más reales, más de casa, más materiales por así decirlo, ha dejado en los relatos de ella un efecto ideal, más personal, más formal, que ha de influir ya para siempre en la dirección de las revoluciones.

Suele reprocharse á ciertos escritores, y Suárez se lo reprocha en cierto modo alguna vez á Tolstói, el que digan: «haz lo que digo, y no lo que hago». Pero se olvida que en el escritor, en el orador, decir es hacer, que él hace lo que tiene que hacer diciendo, que su oficio es dar á los demás la conciencia de sus propios actos. El dicho characho ese sobre Fray Ejemplo es mucho más sofisticado de lo que á primera vista parece. Y lo parece así, no hay duda. El ejemplo de un hombre que lleva á cabo un acto inconscientemente no vale, ni con mucho, el comentario de otro que sepa explicarlo. Sin el acto no se engendraron otros actos, ciertamente; pero se engendran merced al comentario, á la idea. Habría que ver lo que hubiese sido la obra del Cristo sin el Evangelio. Como que la Iglesia reposa en el libro tanto como en la obra redentora de su Fundador. Sin el Libro, sin el Verbo, sin la Palabra, no hay Iglesia posible. Y el evangelista es mártir, es testigo, sin necesidad de derramar su sangre ni de dejarse crucificar, solamente contando cómo se le crucificó al Cristo. Y es una especie de crucifixión narrar con eficacia cómo fué otro crucificado.

Ya sé que estas ideas sublevarán el ánimo de algunos de mis lectores. Y más en España. La obsesión por el hecho bruto, por la acción material, es aquí mayor que en otras partes. Lo mismo que preocupa menos el comentario vivaz y eficaz. Son muchos los que repitiendo lo de que «hay que dar la vida por la Patria» no quieren entender que se puede dar muy de otro modo que muriendo. No sólo da su vida por la Patria el que se deja matar por ella; la da también el que por ella se deja vivir.

No, Tolstói no tuvo obligación moral alguna de hacerse fusilar cuando fusilaban á su pueblo. Habría sido algo teatral. El deber del hombre de acción de pensamiento, es convertir las acciones en idea, y no adoptar actitudes y ejecutar gestos más ó menos gallardos.

MIGUEL DE UNAMUNO



LOS PUEBLOS IBÉRICOS Y EL IBERISMO

EN el continente europeo, los pueblos ibéricos ofrecen la misma perspectiva que en el continente americano. En ambos mundos, por no haber llegado a un desarrollo cabal de su cultura, están espiritual y económicamente intervenidos; en el orden espiritual principalmente por Francia, y en el orden económico por Inglaterra, Norteamérica y Alemania. Y puesto que la mediatización es el fenómeno común de los pueblos de origen español en Europa y en América, la necesidad presente, la necesidad primordial é ineludible es pensar seriamente en una emancipación de la tutela espiritual de Francia, que hoy representa una cultura híbrida y retardataria, integrada por ficciones más que por valores efectivos, y de la tutela económica de Inglaterra, de Alemania y Norteamérica. El carácter genuino de los pueblos germánicos, tanto en su rama anglosajona como en la germánica pura, es el *imperialismo*; por consiguiente, los pueblos ibéricos que dentro de la órbita de las ambiciones imperialistas penetren, son pueblos amenazados de muerte. Es curioso que dos espíritus, al parecer tan distantes como Darwin y Federico Nietzsche, hayan defendido idénticas teorías en el terreno de las ciencias naturales y en el terreno de la filosofía especulativa. A ambos les fascina un ideal de dominación, un ideal de voluntad pragmática é impositiva.

En América, los Estados Unidos aspiran a una hegemonía continental sobre los pueblos ibéricos, y esta hegemonía se consolidará si logran adueñarse del dominio del Pacífico y del dominio del Atlántico. La clave de esta dominación está en la posesión del Canal de Panamá, que les confiere una capacidad de rápida concentración y difusión de fuerzas navales en relación con sus necesidades estratégicas más inminentes. Si las Repúblicas hispanoamericanas no logran cerrar herméticamente las puertas de su conciencia nacional respectiva a toda inmixción brusca ó disimulada, la intervención de Norteamérica en su política interior será cada vez más grande, unas veces fabricando revoluciones y otras veces destruyendo prestigios ó anulando personalidades políticas. México, Guatemala, Honduras, Venezuela y Colombia encierran en su historia contemporánea confirmaciones bien palpables de esta aserción, como la República Argentina las recuerda respecto de las aspiraciones inglesas. El ideal anglosajón en América y el ideal español son incompatibles. El ideal ibérico sólo tendrá garantías de conservación en América cuando piense en una solidaridad íntima y efectiva entre todas las Repúblicas hispanoamericanas, no basada solamente en la uniformidad de la lengua y en la unidad espiritual de la cultura, sino en un sentimiento completo de territorialidad, que arraigue con intensidad y viveza en intereses económicos y sobre todo en intereses industriales, que aspire a distribuir de un modo racional y ordenado las inmigraciones, después de seleccionarlas previamente, y que instaure una técnica económica y una organización política, una Prensa, un régimen bancario y un parlamento, genuinamente nacionales, fervorosamente patrióticos, inaccesibles al soborno y sordos a la adulación.

Los pueblos hispanoamericanos, con una población igual a la de los Estados Unidos y una extensión doble, cuarenta veces mayor que la de España, no pueden inspirar ningún recelo imperialista en el mundo, porque les sobra territorio. Para ellos se impone la ímproba tarea de una profunda restauración. «Todo nuestro esfuerzo tiene que tender, dice Manuel Ugarte en su obra *El porvenir de la América latina*, a suscitar una nacionalidad completa y a rehacer en cierto modo, respetando todas las autonomías, el inmenso imperio que España y Portugal fundaron en el Nuevo Mundo... Hemos vivido de reflejo durante muchos años, y es hora de que saquemos de nuestra entraña una doctrina, una concepción continental que responda, no a la quimera de lo que imaginamos ser, sino a la realidad de lo que somos.» El mismo ideal nacionalista vemos reflejarse en el brillante pensador argentino José Ingenieros (*Al margen de la ciencia*) y en Ricardo Rojas (*La restauración nacionalista*). La obra de instauración nacional

de los pueblos ibéricos en América es genuinamente pacifista; pero no deben olvidar que el imperialismo pacifista que predicar puede limarles las uñas y arrancarles los dientes, dejándolos indefensos para todo ataque brutal é inesperado. Un *Zolverein* aduanero, una unión ferroviaria postal telegráfica y monetaria, una reciprocidad de títulos universitarios, unas defensas navales concertadas y solidarias y un ejército territorial exento de todo vicio de oligarquía militarista, son los mejores medios para dar una base económica y técnica a los valores espirituales de la nacionalidad.

¿Y cómo se presenta el problema en los pueblos ibéricos peninsulares? Hay en nuestra península tres núcleos de nacionalidad, que están principalmente definidos por la lengua y por la raza: uno central, el castellanoaragonés, y dos laterales, que son el catalán, valenciano y mallorquín en el Mediterráneo, y el occidental, que es el galaicoportugués, en el Atlántico. La primitiva secesión portuguesa no tuvo la transcendencia de la segunda. Ambas se consolidaron por la funesta política de Castilla y de la dinastía austriaca y por la colaboración de Inglaterra. Portugal, una vez secesionado pensó en crear una cultura genuinamente propia, y para ahondar las diferencias con España buscó afinidades espirituales en Francia y un complemento económico en Inglaterra.

Todos debemos aceptar como un hecho consumado la separación, porque si en nuestras clases directoras hay exceso de indulgencia y exageraciones en la hospitalidad para Norteamérica después de tres lustros, con más razón debe haberla en el pueblo para otro pueblo hermano después de dos siglos y medio. Cuanto más fuerte es el vínculo de la sangre que nos une, tanto más grande debe ser el respeto a irrevocables decisiones, de las cuales si nuestros vecinos tienen derecho a arrepentirse, nosotros no lo tenemos para recriminarlos y reprocharles una falta que no es tal, porque está inspirada en el ejercicio de su propia libertad.

La incompreensión de castellanos y portugueses trajo como resultado la desintegración de las nacionalidades peninsulares, desgajándolas de una nacionalidad común y suprema, tronco secular de los dos Estados ibéricos y de las veinte repúblicas americanas. La extinción del espíritu federal en nuestra constitución peninsular sólo por remedar a Francia y por soportar los rigores del absolutismo de las dinastías austriaca y borbónica, es causa de que hayamos entrado en el siglo xx con un espíritu de reivindicación foral en las Vascongadas y Navarra, con un problema regionalista en Cataluña y con tendencias secesionistas más ó menos veladas en las Baleares y en Canarias. El iberismo peninsular, si ha de dejar de ser una brabuconada de cuartel ó un tópico de Ateneo, ha de ofrecer garantías de mutua independencia, de íntegra soberanía a cada uno de los dos Estados peninsulares. A la unidad peninsular sólo puede llegarse por la elaboración común de una cultura peninsular, basada en la *autonomía* y en la constitución federal de las regiones naturales históricas ó culturales de España y en la *confederación* de los dos Estados peninsulares.

Acabo de visitar Portugal, no en Oporto ni en Lisboa, sino en las regiones más apartadas del Norte. El estudio atento y detallado de este pueblo, que se adueñó de todas mis simpatías, me hizo pensar en la existencia de un tipo peninsular bien definido y en la variedad de subtipos peninsulares, todos ellos con los mismos defectos é idénticas virtudes. Al tipo peninsular común sólo se llega ahondando en las tradiciones históricas comunes, en los intereses económicos solidarios y en los ideales colectivos, que arrancan de una única territorialidad y del vivo sentimiento de unos mismos fines históricos. Los abismos que existen entre España y Portugal nacen de la mediatización respectiva de ambos Estados peninsulares por Francia y por Inglaterra, dueñas, respectivamente, de la conciencia, del bolsillo y de la despensa de España y Portugal. El ideal colonial de Portugal está inutilizado por Inglaterra; el ideal colonial de España está menoscabado por Francia. Españoles y portugueses tienen unos mismos intereses en África,

ca, y estos intereses son discutidos y escamoteados por nuestros amigos y vecinos. Desde Tánger a Cabo Verde no debiera haber solución de continuidad entre España y Portugal, pues siendo vecinos y hermanos en Europa debieron serlo también en África. Entre las colonias portuguesas y españolas en África se interponen Francia, Alemania é

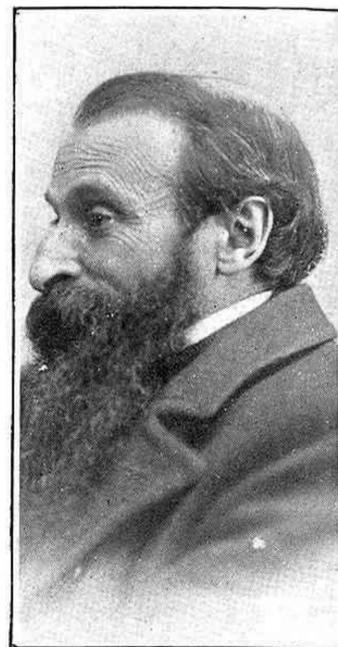
Inglaterra. En el propio suelo peninsular los intereses de España y Portugal son solidarios, y ambos Estados ibéricos deben considerar atentatorio a su propio instinto de conservación el que un tercero se inmiscuya para ofrecer al uno lo que puede robar al otro, pues esto a la larga sólo contribuye a sembrar recelos y suspicacias en un campo en donde sólo debieran florecer afectos. No es verdadero amigo quien explota las discordias de familia para sus fines en vez de proponer una reconciliación. A este mal de la arteria exótica se suma la supina ignorancia de los elementos directores de ambos pueblos ibéricos. En ambos, el abismo que les separa de la clase gobernante es profundo é inmenso. Por no hacerse conscientes de los destinos comunes é ideales de las colectividades que representan, cada día que pasa es una desesperanza más para toda reconciliación futura. Nuestros gobernantes parecen ignorar cómo Oliveira Martins, Herculano y Guerra Junqueiro pensaron y sintieron el problema del iberismo. Los elementos directores de Portugal ignoran lo que Balmes, Angel Ganivet, Joaquín Costa y Cánovas pensaron sobre la solidaridad hispanoportuguesa. La Prensa es sorda al pensamiento cordial de estas personalidades ilustres, y sólo da margen al escándalo cuando las imprudencias de algún soñador, más ó menos afortunado, traspasan los límites de la cordura y del respeto que por deberse a las personas se debe también a las naciones libres.

Elaborar un ideal peninsular común no es obra de un día. España no debe pensar en hacer caricias ó en lanzar amenazas a su hermano menor, disimulando ambiciones sospechosas en momentos inoportunos. No caben hipocresías dentro del solar de todos; porque no pueden abrigarse secretos para quienes conviven con nosotros en él. La obstinación francesa ha logrado de nosotros olvido para sus agravios. ¿Por qué una fraternal ambición común, mensajera de esperanzas para el porvenir, no ha de inspirarnos un ideal peninsular elaborado con nuestros brazos en la lucha por la cultura y no acariciado como presa para fiera con hambre? Este ideal ha de tener por base: la intangibilidad del territorio peninsular por poderes extraños y la inaccesibilidad del espíritu peninsular a sus asechanzas (1).

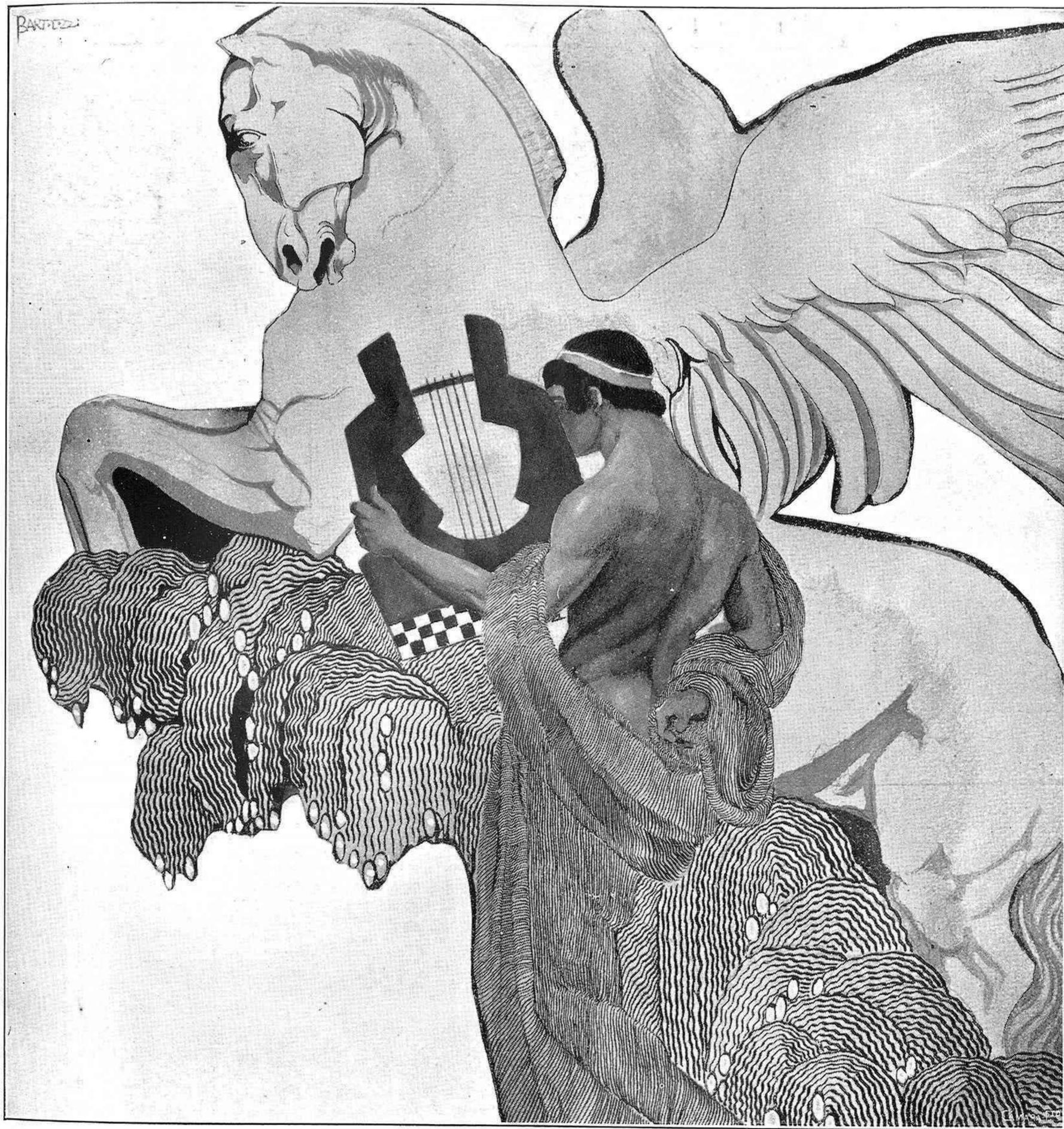
El iberismo es un problema de voluntad, de obstinación, de perseverancia, de conciencia, de necesidad. La voluntad que respete las libertades históricas y seculares consolidará también uniones seculares. La voluntad hará que nos llamemos y sintamos plenamente hermanos. La voluntad impedirá que nos destrocen la casa las codicias de la ajena. La voluntad de vivir, de ser grandes otra vez y nuevamente acreedores al respeto, nos hará pensar en una fraternidad indisoluble por estar basada en el instinto de conservación histórica. «*Quererlo todo, es conocerlo todo; conocerlo todo, es perdonarlo todo*», ha dicho Guyan.

ELOY LUIS ANDRÉ

(1) La plena soberanía de un Estado debe ser la mayor garantía de la libertad é independencia del otro. Así nadie podrá atacarnos por la espalda.



GUERRA JUNQUEIRO
Insigne poeta portugués



EN LOS FIORDOS

(Visión de Noruega)

Crepúsculos noruegos de tristeza infinita,
claroscuros de Rembrandt, nubes del Veronés,
oros, púrpuras, negros, verdes de malaquita
y rocas milenarias de no se cuántos piés.

Refleja la orgía en el dormido fiordo
y es fuego cada onda del límpido barniz.
No hay ni un eco, ni un ruido en el espacio sordo.
Todo aquí se transforma en protéico matiz.

La noche en el crepúsculo se ingiere; áurea visión
de topacios y nácares y en el óptico encanto
del agua fantasmática y de un cielo-ilusión,

una gaviota gira con las alas en cruz;
parece la paloma del Espíritu Santo
en un caos flotando con atisbos de luz.

ENTRE DOS LUCES

Atardece y á solas con el fardo
de mis congojas íntimas á cuestras,
del mundo ajeno á las livianas fiestas,
voy taciturno con el paso tardó.

¡Qué de recuerdos efectivos guardo
de mi vida de luchas y protestas,
y aún al evocarles, hasta en estas
soledades agrestes me acobardo!

Quiero olvidar y que me olviden quiero.
Melodiosa la noche se avvicina
y de la tarde el místico lucero

el silencio bucólico ilumina,
y, nostálgico, errante peregrino,
voy regando de ensueños el camino.

FILOSOFÍA DEL CINE

¡Cine maravilloso, de la vida compendio!
Aventuras eróticas, episodios salvajes;
tan pronto un terremoto, un naufragio, un incendio
como noches de luna en risueños parajes.

Pantomimico tienes la dramática fuerza
de lo mudo que vibra sin palabras baldías:
¡Ni un sollozo, así el alma de dolor se retuerza;
ni un grito, así la agiten inmensas alegrías!

Tus peripecias trágicas la atención encadenan
y en la sombra, en que dejas al público, resbalan
lágrimas silenciosas por rostros que se apenan.

Terminó el espectáculo: del pintoresco ruido
de las cintas que amores y tristezas propalan,
queda una tela inmóvil, sin color: el olvido!

EMILIO BOBADILLA (Fray Candil)



Canal de Canareggio, uno de los sitios más pintorescos de Venecia

LA GUERRA EN EL ADRIÁTICO

VENECIA, LA ÚNICA

No se concibe á Venecia, amenazada por la guerra!... Los pacifistas cerramos los ojos constantemente ante estas paradojas que nos ofrece la Historia. Porque la realidad viva es, que ha sido la guerra la

que ha hecho á los pueblos grandes ó fuertes ó ricos y entre estos pueblos han surgido los florecimientos de Arte, que nos han legado estas ciudades únicas como Venecia. Entre la primitiva aldea de pescadores y la ciudad de los Dux, donde puede producirse el milagro de amor de Romeo y Julieta y el milagro de poder de la dominación del Mediterráneo, no hay más que una serie de generaciones luchadoras, que acudían á pelear allí donde les parecía que pelear era necesario. Los artistas vienen luego, en los días aburridos de la paz, en los acomodados enervadores de la riqueza, como una compensación de la labor de los combatientes que se sintieron enamorados de la belleza, precisamente mientras destruían las obras de Arte que poseían los pueblos que iban venciendo. Así la guerra, como la Naturaleza, como la Vida, destruye lo mismo que crea, para crear de nuevo.

Y, sin embargo de esta verdad, los enamorados del Arte quisieramos que la guerra respetara estas ciudades donde la Belleza alzó sus alcáza-

res; que para la guerra fuesen neutrales, independientes ó anseáticas. Pero, ¿cómo librar estas ciudades de Arte, estas piedras veneradas que el tiempo carcome, estos monumentos gráciles y bellos? En Venecia, á poca distancia de los palacios que se alzan en la orilla del Gran Canal, á poca distancia de la admirable plaza de San Marcos, á poca distancia de las suntuosas iglesias enriquecidas por esculturas y cuadros, está el Arsenal donde las escuadras se refugian y abastecen y donde las aves mecánicas, con que la invención del hombre ha asociado el cielo también á su obra de muerte, tienen hechos sus nidos...

Más allá, comienzan las líneas de fuertes, los cañones poderosos escondidos en tierra... Se dice: «es la previsión de la defensa». Dijérase mejor: «es la previsión del reto». En la guerra agredir y defenderse es una cosa misma, separada acaso por una diferencia de densidad en una ú otra fuerza, pero no por una deliberación de la voluntad.

No hace muchos días—yo no quiero creer en la veracidad de ese hecho—referían los periódicos que de la escuadra italiana anclada en esas mismas aguas venecianas había partido un radiograma dirigido á la escuadra austriaca: «Salid; os esperamos». No



El Canal Grande de Venecia



El canal de Santa Marta

hacia falta la provocación para que el encuentro llegue.

Pero detrás de la escuadra italiana! ú al alcance de los cañones austriacos, está Venecia. Será cierto que los cuadros y las esculturas han sido trasladados á las poblaciones del interior; pero, ¿y los edificios? Quien una vez haya recorrido el Gran Canal no puede olvidarlos. Allí el palacio Pésaro, allí el *Corner della Regina*, donde nació una fantástica reina de Chipre, allí el palacio de los Tesoreros de la República, la Casa de Oro con su divina balconada que parece copiada de un claustro español, el puente del Rialto con su atrevido arco de mármol, gallardo y señoril, donde el alma de Venecia parece haber quedado esculpida; allí los típicos *Fondaco dei Tedeschi* y *Fondaco dei Turchi*... Y á lo largo del Canal, el gondolero os va repitiendo los nombres altos y sonoros de los señores que edificaron estas moradas suntuosas: Grimani, Barbarigo, Contarini, Farsetti, Grimani, Pezzonico, Durazzo, Giustanini... He aquí el Dándolo, donde vivió el famoso Dux; he aquí Loredán donde vivieron antiguamente un rey destronado de Chipre y un rey que en los azares de la guerra civil no pudo recoger la corona de España; he aquí el Fós-carí maravilloso, donde estuvo el Senado veneciano... Y he aquí las iglesias, y he aquí tantas casas que conservan recuerdos de arte, y frescos que no pueden ser trasladados y relieves que no pueden arrancarse y artesonados que es imposible deshacer...

Acaso sea un poco enfermizo, un poco decadente este ideal amor de las obras de Arte que es extremece y gime y protesta porque puedan ser destruidas, mientras que los hombres mueren á millares, mientras que la carne humana, herida, despedazada, brama su dolor en los hospitales, mientras los hogares de los pueblos invadidos son destruidos y pobres mujeres y niños inocentes perecen de terror y de hambre. Venecia misma, antaño cuando era república poderosa,

cuando disputaba á Génova y á Cataluña el que los peces del Mediterráneo llevasen grabado su escudo sobre las escamas, hubiera preferido cien veces verse arrasada, incendiada y destruída como Sagunto ó como Alejandría, á verse vencida y sometida á esclavitud.

Vencida, ¿para qué serviría la gloria de los palacios góticos, de las soberbias iglesias con sus cúpulas doradas?... Esclava, ¿para qué los cuadros y las esculturas y los muebles preciosos, sino para recreo del vencedor?

Y, sin embargo, sería preciso una acción de las naciones neutrales, que exigiera el respeto de los beligerantes á esas ciudades que una vez derruídas no pueden volver á ser edificadas.

¿No os parece que toda la vida literaria de D'Annunzio, y aun sus propagandas de estilismo, un poco debilitadoras, le obligaban á haber sido él quien iniciara esta campaña para conseguir la neutralización de las zonas de Arte? Se dan en esta conflagración los más absurdos contrasentidos.

Ver á D'Annunzio agregado á un buque de guerra que puede atraer el fuego enemigo sobre la ciudad bella, sobre la ciudad única, cuando tantas lágrimas ha derramado sobre las piedras derruídas de otras ciudades bellas, que en siglos pasados, otros hombres llenos de ira, inflamados de patriotismo, anhelantes de libertad como los hombres de ahora, destruyeron y arrasaron en la barbarie ciega y loca de la guerra...!

DIONISIO PÉREZ



Una vista del Canal Grande

BIENESTAR (BICICLETA)

LA ESFERA

VENECIA PINTORESCA



PUENTE SOBRE UNO DE LOS TÍPICOS CANALES VENECIANOS

LA ESFERA

VENECIA PINTORESCA



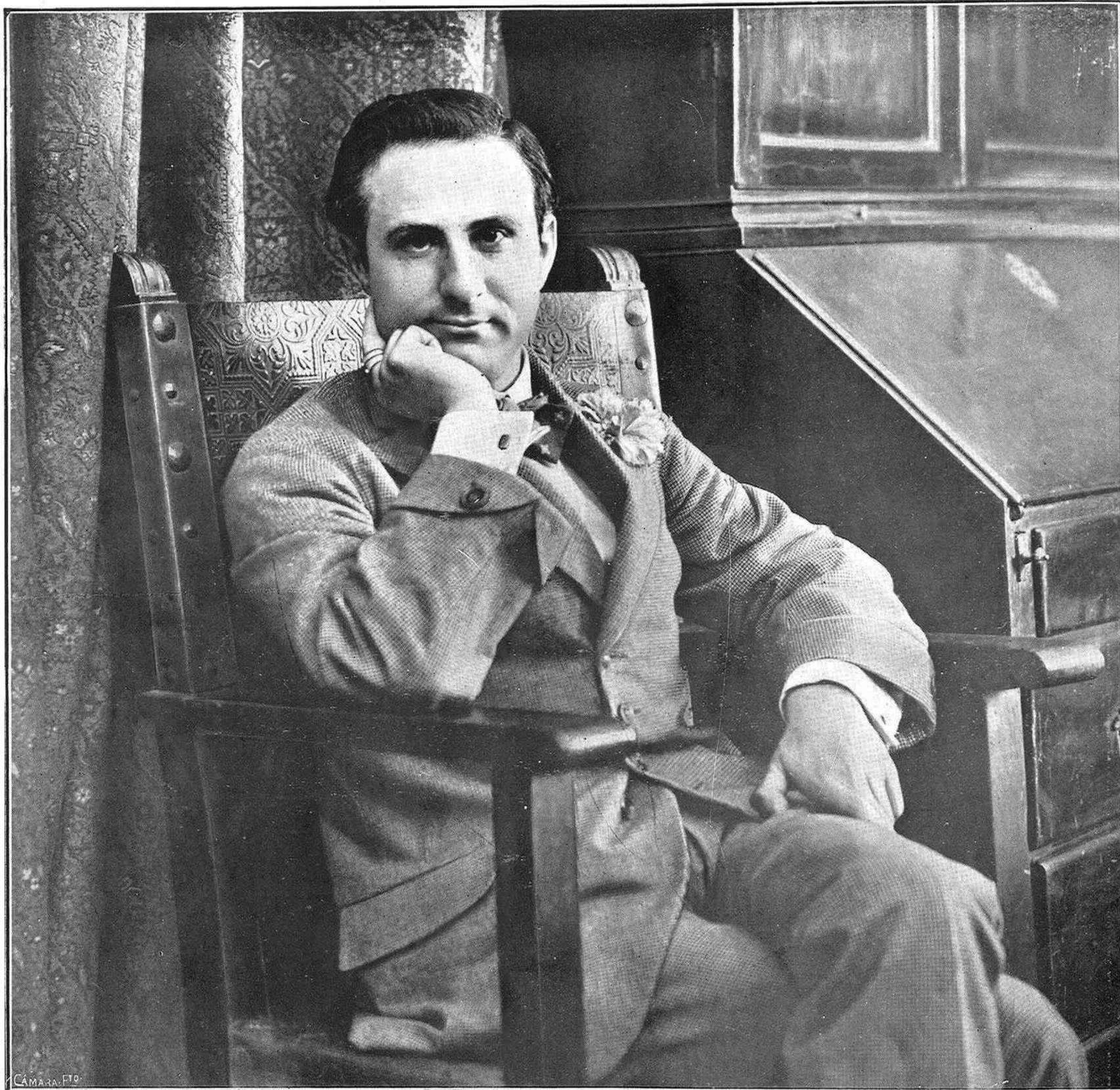
TELEFONO
L. LOTTI

CÁMA 10.170

EL CANALETTO DEL PALACIO DE SALVIATI

NUESTRAS VISITAS

JUAN MANÉN



El eminente artista Juan Manén

UNA noche nos reunimos, por casualidad, á la hora de comer, en el Hotel Colón, un puñado de artistas. Sorolla, Anglada, Casas Abarca, *Bombita*, un hijo de Sorolla, Campúa y yo. Hicimos mesa redonda, y la conversación durante la comida fué amenísima. Se habló de Arte, de literatura y de toros... ¿Cómo no?... Al tocar este tema, surgió una graciosísima controversia entre Sorolla, que es gallista hasta las cachas, y *Bombita*, Campúa y yo, que somos belmontistas hasta los tuétanos. El número de los adversarios no le arredra al glorioso pintor; al contrario; se enardece más y más. Su hijo, durante la empeñada discusión, reía... *Bombita*, como técnico, le daba certeros golpes. Campúa, con la servilleta, demostraba la verdad de las verónicas del trianero; Sorolla las caricaturizaba arqueando el cuello, subiendo los hombros cómicamente y saeando la espalda.

Todos los demás comensales estaban atentos á las pláticas de nuestra mesa.

—Mire usted, Sorolla—decía *Bombita* con su lengua ceceosa—, yo no le niego facultades á *Joselito*, pero la *verdad torera* y el *número uno* lo tiene Belmonte... Y *Joselito* después; *el dos*, y esto porque Rafael no quiere apretar nunca, sino *el tres*...

Después de la comida, el delicado artista y simpatiquísimo amigo Casas Abarca, me habló de Manén, el prodigioso violinista catalán.

—Si quiere usted conocerle, venga mañana por mi estudio á las doce de la mañana—me dijo Pedro Casas.

—Sí; me interesa. Iré con mucho gusto.

El estudio de Casas es un encantador nido de Arte y suntuosidad, situado en el 110 del paseo de Francia. Allí se reúne lo más florido de la pin-

tura, de la literatura, de la política y de la aristocracia catalana. El, obsequia siempre á sus visitantes con *té* ó con *champagne*. Aquella mañana nos regaló con chatos de manzanilla y con aceitunas sevillanas...

Al momento de estar allí, anunciaron la visita de Manén y del hijo del marqués del Marianao.

Yo no conocía á Manén, y os he de confesar que me le figuraba con el rostro pálido, los cabellos muy largos, la mirada triste, y por corbata un estrambótico lazo negro de tres varas de largo. Nada de eso. Manén es un muchacho *chic*, de elegancia impecable y de un trato sugestivo... Más bien alto y delgado, de proporciones gallardas, ojos grandes y muy expresivos, tez morena y pulcramente afeitada, y cabellos más bien cortos, ya un poco agrisados. Sus manos largas, de uñas pulidísimas, parecen por su esmero las de una cuidadosa damisela.

Al volver á sentarme, después de saludar á Manén, rompí el cuero de un sillón que Casas conservaba como una joya, antigua... Esto ha dado lugar á una explosión de bromas. Y la cordialidad se ha entablado entre el cronista y el prodigioso violinista... A los cinco minutos somos tan buenos amigos como si nos hubiésemos conocido en el colegio...

Manén es un espíritu muy cultivado, habla de todo y está perfectamente impuesta de lo que habla...

—Es usted joven, Manén; yo me lo suponía con más edad—empezamos diciéndole.

—No tanto... Desgraciadamente no puedo ocultar mi edad. Nací el mismo año que murió Wagner; recordando esto es la única manera de acordarme de mi nacimiento, porque tengo una memoria pésima. Vamos, á mí me ha pasado olvidarseme, estando en el extranjero, las señas de mi casa en Barcelona, y tener que escribirle á un amigo preguntándole... Figúese usted.

—¿Usted ¿es de aquí?...

—Sí, señor; nací en Barcelona, y digo como el *maño*: si naciera de nuevo, catalá i querría ser.

—Y ¿pasa usted aquí mucho tiempo?

—¡Oh!... ¡no!, no puedo. Yo tengo mi casa central en Berlín, por ser aquello el centro de Europa. De allí se está cerca de todas partes. Ahora llevo unos meses en Barcelona por necesidad... He tenido que guarecerme aquí durante esa rociada de plomo. Yo estaba en España cuando estalló la guerra; preparaba mi *tournee* de ocho meses, con ventajosos contratos. Empezaba en Ostende, y seguía á Bruselas, Brujas, Alemania, Austria, Hungría; volvía á Bélgica, España, Francia, Alemania, Italia é Inglaterra. Pero resulta que los alemanes empezaron su *tournee* guerrera unos días antes que yo...

—Esto le supondrá á usted una gran pérdida.

—Tenía asegurado en esta *tournee* un ingreso de veinte mil duros. Además, me aburro de estar aquí estancado sin hacer nada. Figúrese usted; hasta ahora había sido mi residencia el tren. De Inglaterra recibo cartas animándome á ir; pues ellos, á pesar de la guerra, están dispuestos á cumplir mi contrato; pero yo, la verdad, no quiero exponerme á que un submarino corte mi carrera vital... Amo la vida ¡mucho!... ¡mucho!...

La charla de Manén es muy expresiva, muy sintética, muy insinuante.

—Usted, ¿ha sido niño prodigio?...

—Sí, señor; desgraciadamente, porque maldita la gracia que me hacía la tal clasificación.

—¿A qué edad empezó usted á tocar el violín?

—Le diré á usted: mi padre sentía una gran pasión por la música... Yo, según tengo oído—pues me acuerdo de cuando empecé á leer, pero no de cuando empecé á tocar instrumentos musicales—, tocaba el piano desde los tres años. Y mi padre, cuando yo tenía cinco años, se le ocurrió llamar á un profesor de violín, discípulo de Sarasate: «¿Mi chico podría tocar el violín?» le preguntó; «Hombre; es posible—le dijo el profesor.—Vamos á probar. Si tiene *oreja* y sabe cuándo desafina, sí; sino es imposible, porque á esta edad no se le puede imponer de ello». Probamos, y resultó que tenía *oreja* y que no desafinaba... Claro que yo lo único que recuerdo de todo esto es que siempre se me caía el violín...

—Y ¿usted amaba la música desde pequeño?

—¡No! ¡no!... La odiaba, hasta que empecé á componer... Yo cuando supe leer y leía lo que los periódicos decían de mí después de un concierto, me refa de todas las consideraciones que hacían sobre mi sentir: Hablaban del corazón, de la sensibilidad exquisita, de mi emoción al interpretar á los grandes maestros. ¡Nada más ajeno de mí entonces! Tocaba porque sí; pero sin emoción, sin sentimiento, sin saber lo que tocaba. Y yo ahora, cuando recuerdo las ovaciones, no me las explico. Porque ¿cómo quiere usted que un chico que no ha vivido, que no ha sentido á flor de piel las sensaciones de la vida, sepa

interpretar justamente á Bach y Bethoven. Así es que, al principio, yo no me daba cuenta de ser *niño prodigio*; después, cuando me percaté de ello, me molestaba, y para desvanecerlo recurrí á dejarme unas grandes barbas, que ya que tengo la voz recia, el gesto endurecido y algunos mechones grises, han sobrado y me las quité.

—Entonces, ¿á qué edad comenzó usted á dar conciertos?...

—Por América andaba yo ganando mucho dinero á los nueve años.

—Y ¿cómo empezó usted á componer?...

—De una forma muy rara: Yo tenía ya quince años, y la música me era completamente indiferente. Un día, estando en Guatemala, me dice mi padre: «¿Por qué no intentas componer?...» Yo, por obediencia, me senté al piano, dí unas cuantas notas, y... nada, no resultaba nada. Entonces mi padre me dijo: «Así no; yo he oído decir que los grandes compositores escriben música sobre la mesa.» Entonces yo me siento, y, como si me dictara mi cerebro, escribí mi primera composición: Era una cosa rara: antes de llevarla al papel, yo la oía perfectamente. Y ahora, como compositor, yo quiero hacerle á usted una declaración.

Dudó un momento. Yo, para decidirle, exclamé:

—Venga.

—Que yo no estoy muy satisfecho de España.



Manén en el artístico estudio del pintor Casas Abarca

POTS. CAMPÚA

A mí en España siempre me han tratado como violinista; pero jamás me han prestado atención como compositor.

—¿Ha hecho usted labor de consideración?...

—¿No lo sabe usted?—me preguntó, extrañado.

—No—le respondí con sinceridad.

—¿Ve usted?... Eso me desespera. A mí el aplauso al virtuoso me decía muy poco; yo creo que el hombre debe servir para algo más que para interpretar. Nuestra obligación es crear. ¿No es esto?

Asentimos.

—Pues bien; yo quise unir mi grano de arena á la obra común, y compuse dos óperas. De la primera no quiero hablar, porque soy el primero en juzgar con severidad mis cosas, y creo que no era buena. ¡Ah!; pero la segunda era otra cosa. Se llamaba *Acté*.

—¿Dónde se estrenó?

—Aquí, en el Liceo, hace unos siete años. Tendría yo unos veinticinco. Bueno, pues fué juzgada muy injustamente; sobre todo, sin pararse á considerarla. Más tarde, esta misma obra la llevé á Alemania, y se estrenó en Dresde, en Berlín, en Leipzig, con gran éxito. Era la primera obra española que se ha estrenado en Alemania... ¿Merecía los honores de que se hubiese traído á Madrid?... Yo creo que, siquiera por ser la primera ópera española que se estrenaba en el extranjero, tal vez sí.

El tono de Manén era amargo, dolido. Yo, para alejar sus decepciones, varié de conversación.

—Y ahora, ¿qué hace usted de composición?

—Acabo de terminar una ópera que se titula *Camino del sol*.

—¿La estrenará usted aquí?

—¡Ah!; no señor. He contraído el compromiso

de estrenarla en Bruselas, donde no hay prejuicios, por no haber uno nacido allí.

—¿Dónde le gusta á usted más tocar?

—En Alemania. Están más educados para juzgar música.

—¿Cuáles aplausos le agradan más?

—Los de todas partes, si es posible; pero, en particular, los de España.

—¿Le ha producido á usted mucho su arte?...

—Lo suficiente para no abandonarlo; y perdóneme que no le diga la cifra, porque no la sé justamente. Ahora sí, le digo á usted que los conciertos, cuando van bien, son el mejor negocio.

—¿Es usted soltero?

—Sí, señor; por la gracia de Dios y mis precauciones. Y ya es difícil que me case. Cuando se ha endurecido uno en la vida de soltero, no encuentra nada mejor. Resulta un poco egoísta, sí; pero muy grato. ¡Vivir sólo!... Poderse pasar diez ó doce horas sin que nadie nos observe, sin que nadie nos turbe, viviendo con nuestros propios pensamientos, pensando alto. ¿Usted sabe lo bonita que es esta soledad bien comprendida? Claro que una soledad acompañada de libros, de música, de recuerdos y de concepciones...

—Cuéntenos usted alguna anécdota curiosa... Meditó un instante.

—No recuerdo. Es decir, se me ocurre una que me pasó precisamente en España. Regresaba yo

de Madrid, y en aquella temporada se había estrenado en Barcelona mi primera ópera. En mi compartimento venía una bellísima señora. Trabajamos conversación, y yo, sin darle mi nombre, le pregunté qué le había parecido la última temporada en el Liceo. «Muy mal, desastrosa—me dijo—, muy malos artistas, y, como final de fiesta, nos dieron un *mamarracho*, de ese Manén, horrible». Aquello de *mamarracho* fué para mí un bofetón que me desconcertó; pero insistí, diciéndola: «Pues he oído decir que esa ópera no era tan mala». «¡Calle usted, hombre!—remachó ella. ¡Era malísima!». «Pero, á veces—proseguí yo con paciencia—, en cuestiones de música se sufren equivocaciones. Es posible...» «Pues con esta no se ha sufrido equivocación. Esa obra era pésima.» Yo, en vista de que el juicio era definitivo, sólo le dije:

«Pues á mí me han dicho que ese Manén es un muchacho simpático...» Entonces la señora, entornando los ojos, con zalamería, repuso: «Seguramente no lo será tanto como usted.» Llegamos á Barcelona, y, entonces, la dama me hizo prometerle mi asistencia á uno de sus *tés*. Acepté y al despedirme, cogí mis violines y la dije: «Juan Manén besa sus pies y está á sus órdenes.» La señora, por poco se cae. Figúrese.

—¿Cuáles son las ilusiones de usted?

—¡Mis ilusiones! Yo ansío tener un *yacht* propio y reunir en él cincuenta ó sesenta amigos; remontar el Nilo, y después ir á tocar la *Chacona*, de Bach, para mí solo, á la cima de la pirámide más alta. Cuento con ustedes para ese viaje.

—Gracias, Manén. Aceptamos. ¿Y... qué opina usted del momento actual en la música española?

—Yo creo que la música española está naciendo... Nosotros, por ser latinos, estamos llamados á llevar el estandarte; porque España, en cuestión de música, no ha tenido renacimiento, y parece que ahora se está iniciando. Hay una hornada de músicos muy considerable: Vives, Granados, Pedrell, Usandizaga, Falla, Morera. Algunos de estos últimos han sentido la influencia francesa, y esto les perjudica. La música francesa nunca ha sido más que estimable. Los franceses no han tenido clásicos. Ahora en España, para que esta era sea benéfica, se necesita una cabeza.

—¿Qué le parece á usted Vives?

—Me parece estupendo... Lo que le pasa es que deja el oro por recoger la calderilla.

Y con un trago del dorado vino, pusimos punto á nuestra conversación.



LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS

LA CALLE DE SANTA ISABEL

A un episodio altamente novelesco y sentimental debe su origen el nombre de esta populosa calle.

Data la tradición del siglo XVI, esa época de credulidad, superstición y fantasía, en la que hasta los sucesos más insignificantes se adornaban con las áureas vestimentas de lo maravilloso y extraordinario.

Veamos lo que nos dice la leyenda:

Reinando el bueno y adusto rey Felipe II el Grande, vivía en la calle del Príncipe una bellísima joven llamada Doña Prudencia Grillo, hija de un rico banquero de la corte.

Aposentada con lujo excesivo, casi regio, era una de las tantas mujeres que se consagran al culto de su belleza en aras de cuyo narcisismo sacrifican lo más puro y hondo del corazón.

Cortejábanla los más esclarecidos caballeros de la época, siendo su casa verdadero centro de reunión en aquel Madrid de entonces dorado y magno.

Sobre aquella corte amable y galante reinaba ella indiferente á las pasiones que despertaba en los hombres y á los celos y envidias que hacía sufrir á las de su sexo.

Sólo una cosa parecía preocuparla y poseerla por completo: el amor á su hermosura, del que eran complementos y auxiliares los galanteos, madrigales, querellas cróticas é íntimas lamentaciones que adoradores sin esperanza le dirigían...

Ella, inmutable, seguía siendo fiel á sí misma. ¿Adónde la llevaría después de todo; adónde podría llevarla el amor destructor de la armonía estatuaría de su cuerpo, de las líneas impecables de la divina escultura de su carne hecha de mármol y rosa, sino á la disociación de aquel mundo perfecto que constituía su cuerpo primaveral y gentil?...

Sin embargo, aquella fortaleza llena de egolatría pagana, tuvo un momento de vacilación.

Uno de los nobles jóvenes que la cortejaban logró hacer vacilar la entereza de sus propósitos.

Pero aquello no duró más que lo que dura una conversación cautivadora y fugitiva en un jardín lleno de perfumes, bajo la luz nupcial, amorosa y buena de la blanca luna...

Y aseguída volvió ella á su vida de siempre, con gran desesperación del amante que un día llamándola á solas se despidió.



Pasado el primer instante de sobresalto, volvió Doña Prudencia á su liviana existencia antigua.

Otro amante llenó el hueco que en su corazón había dejado el enamorado ausente.

Pero una noche, cuando acababa de acostarse le pareció notar que se movían los tapices de la sala. Saltó del lecho y al mirar las gavetas vió que se agitaban. Convulsa y trémula quiso volver á su cama. Mas antes de llegar á ella observó que se descorrían solas las cortinas como si fueran impelidas por misteriosa y fúnebre mano.

Dando un grito lastimero cayó desmayada y estuvo enferma de muerte durante algún tiempo.

Mientras, se hicieron públicas en Madrid las noticias de la pérdida de la Armada y de la muerte del amante de Doña Prudencia, que en la flota tenía empleo de oficial.

La dama, tomando aquello como advertencia providencial del cielo, que le advertía lo frágil y transitorio de la vida y todo lo que con ella se relaciona, se decidió á abandonar el mundo y fundó el convento de Santa Isabel, donde profesó en 1589.

De la calle del Príncipe, donde primeramente estuvo situado, se le trasladó á la calle que le debe el nombre, veinte años después de su fundación, por indicaciones de la reina Doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III.

ooo

Pasó el tiempo. Sobre aquella triste novicia de amor y arrepentimiento, cayeron

los años con aquella dulce pesadumbre que amortigua todo lo trágico y lastimero.

Pero quería el destino que la calle de Santa Isabel, donde estaba el convento que se debía á la contrición de un alma atribulada y herida, sirviera de escenario á otro hondo drama espiritual.

Siglos después, lloraba asido á las rejas de la ventana de una de sus casas, un poeta atormentado, que veía sobre un humilde túmulo el pobre féretro, donde vestida con negras ropas yacía la mujer amor de toda su vida; siglos después había de llorar Espronceda, con lágrimas del corazón, el mundo risueño y grato de recuerdos y melancolías, que huía de él con la muerte de Teresa, de la enigmática é incomparable Teresa, que llenó toda su juventud de sueños y de canciones...

Partía para la guerra. Felipe II preparaba su famosa Armada contra Inglaterra. Y á la muerte iría él ya que en la vida la suya no tenía objeto. Callaba la mujer sobrecogida y turbada. La dulce y noble voz del romanticismo empezaba á sonar en su corazón. Un presentimiento negro cerró sus ojos.

Y mientras que sus manos deshojaban una temprana rosa, tembló una lágrima en sus pestañas...

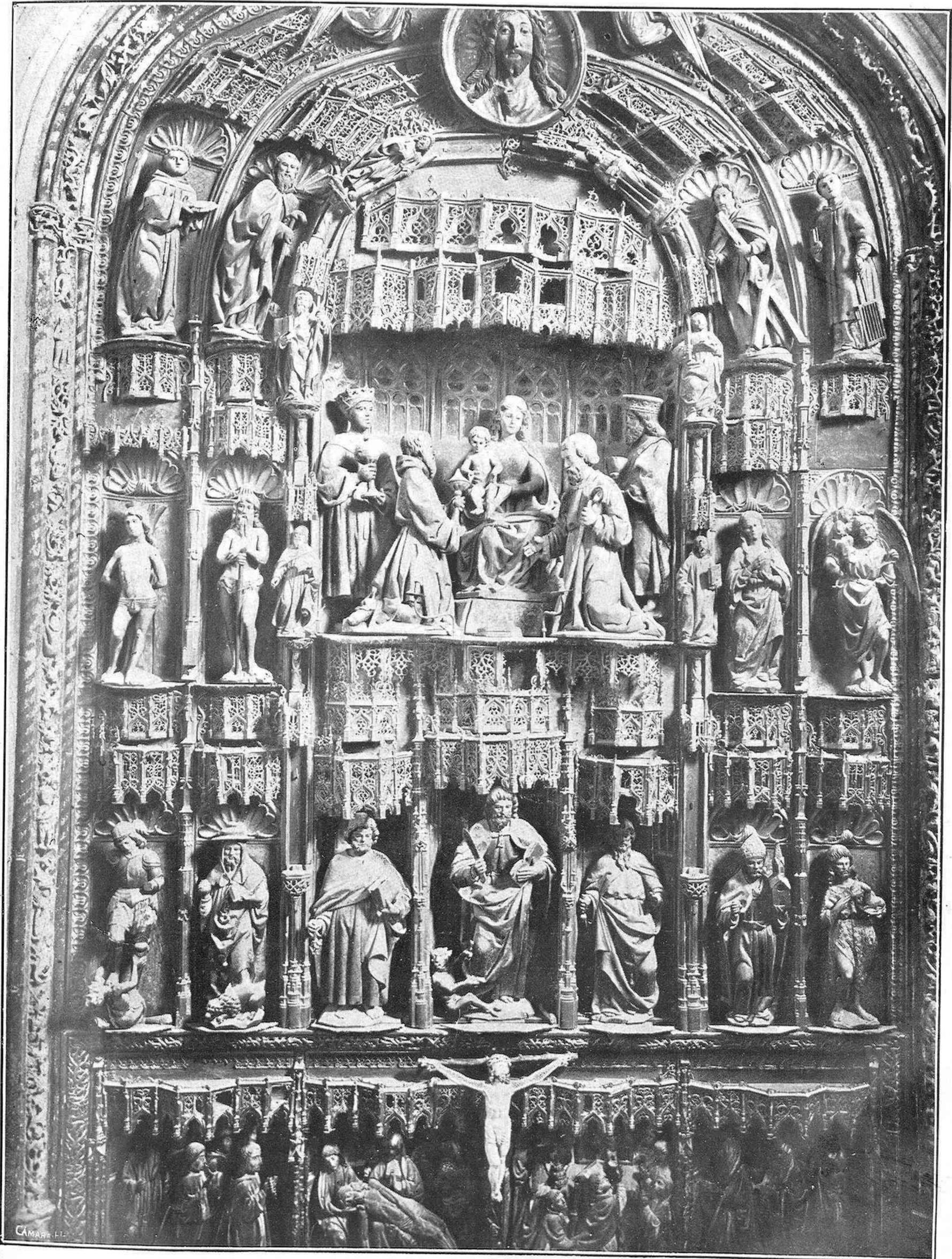
—¿Cómo tendré noticias vuestras?— preguntó.

—Por estos damascos— replicó el galán.— Si muero, los agitaré desde la remota tumba, lo mismo que las gavetas de vuestro escritorio, siendo la señal última descorrer las cortinas de vuestro lecho...

Y la besó en la frente, y partió...

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



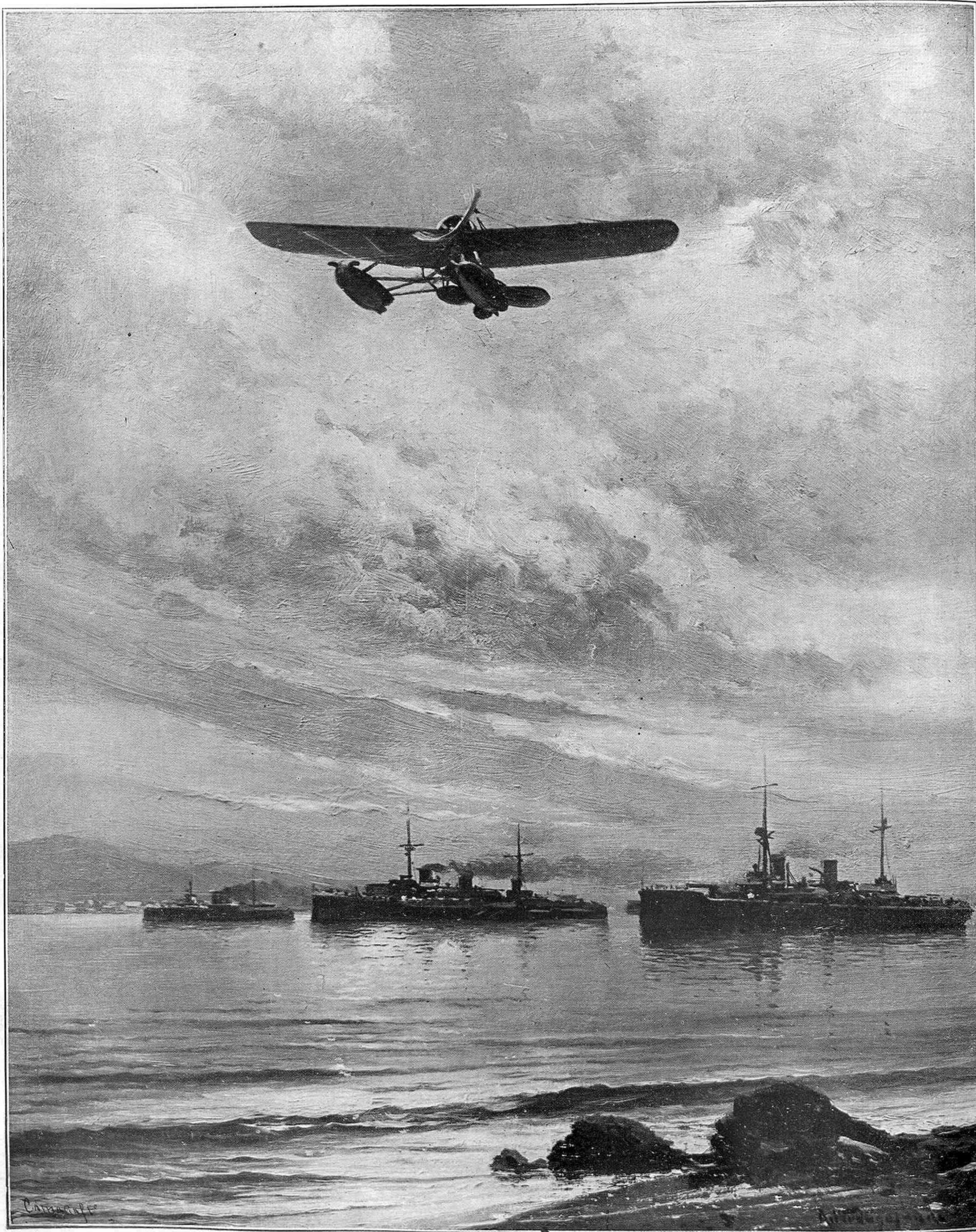
Magnífico retablo de la Capilla de los Santos Reyes, de la iglesia de San Gil, de Burgos

FOT. VAD.LLO

BIBLIOTECA

LA ESFERA

PÁGINAS DE LA GUERRA



UN AVIÓN MILITAR PRACTICANDO UN RECONOCIMIENTO EN LAS COSTAS INGLESAS
Dibujo de R. Verdugo Landi

FIESTA ARTÍSTICA EN SEVILLA



Los conocidos artistas sevillanos D. Miguel Sánchez del Pino y D. Eloy Zaragoza, han dirigido la organización de una fiesta verdaderamente sugestiva y artística, celebrada en el colegio de las religiosas Concepcionistas, de Sevilla, con motivo de la terminación del curso.

Han sido elementos valiosísimos de este espectáculo, bellamente grato, las alumnas del citado colegio y varias aristocráticas señoritas de Sevilla, que con sus encantos y con su hermosura dieron extraordinario realce á la delicada iniciativa de las religiosas.

Consistió la velada en ofrecer á la selecta concurrencia la reproducción de los más afamados cuadros del portentoso pintor hispalense, gloria y orgullo de la pintura española, D. Bartolomé Esteban Murillo,



y fué tan prodigiosa la composición y tan definitivo el acierto en el colorido, las figuras y el indumento, que los invitados dedicaron sus aplausos más entusiastas y sus más fervorosos plácemes á cuantos directa ó indirectamente contribuyeron á la realización del pensamiento.

Hubo en los intérpretes delicadeza y muy justa expresión, hermosura radiante y una naturalidad en las actitudes y una ingenuidad y candor tales, que en muchos momentos parecía que destacándose de los lienzos maravillosos las figuras inmortales que trazó la sabia mano del genio, tomaban forma corpórea, haciéndose carne y espíritu, color y movimiento, para rendirle al glorioso maestro sevillano los homenajes de la general y fervorosa admiración.



Reproducción plástica de varios cuadros de Murillo, ejecutada por las alumnas del Colegio de la Concepción, de Sevilla

FOTS. PÉREZ ROMERO

CÁMARA FOTO



OFICIALES INGLESES SABOKEANDO SU "FIVE O'CLOCK TEA" EN UNA GRANJA RECIÉN CONQUISTADA, Á RETAGUARDIA DE LAS LÍNEAS DE LOS ALIADOS EN LA ORILLA DEL ISER
Dibujo de F. Matania

ESTAMPADO EN ESPAÑA

... DE NORTE A SUR ...



LA PRIMAVERA Y LA GUERRA
Soldado alemán envuelto en las ramas floridas de una celinda



ITALIA INTERVENCIONISTA
Uno de los más populares carteles intervencionistas, en Italia

Cuando el pueblo habla

Aunque ataquemos la guerra, aunque consideremos como una manifestación lógica y noble del instinto de vivir el odio al militarismo, hay episodios en la guerra que nos reconcilian con la humanidad.

Primero Bélgica, luego Francia, ahora Italia. Antes de sus cañones, que arrasan monumentos históricos, destruyen ciudades indefensas, antes de sus zeppelines, antes de los submarinos que atacan á trasatlánticos, antes, en fin, de los gases mefíticos, Alemania intentó comprar á Bélgica, adular á Francia, engatusar á Italia.

Frente al hierro y al oro de una nación de soldados y de comerciantes, se alzó primero le heroísmo belga, luego el heroísmo francés, ahora el despertar de Italia.

Sin embargo, Francia y Bélgica fueron á la guerra obligados. Italia va porque quiere, porque siente abrasada su alma por los candentes fuegos que iluminaron y forjaron su raza.

Si al desastre definitivo de Germania habrían de acusar los alemanes á su Emperador y á su ejército; si Inglaterra tiene que multiplicar cada vez más las promesas fantásticas para reclutar los recalcitantes británicos; si Francia canta la Marsellesa en voz alta y suspira, en el fondo de sus trincheras húmedas, por la paz, Italia se ha impuesto al ejército, ha dado un ejemplo admirable de sano patriotismo, y sus bélicos cantos iban derechos del corazón á los labios.

Cuando el pueblo habla, los bajos egoísmos individualistas ó de las colectividades que viven de engañarle, han de enmudecer.

Italia no habló sólo por la voz maravillosa de su poeta, sino también por las voces de todos sus hombres, los altos y los humildes, los que habrán de defender las ciudades, y los que habrán de atravesar más allá de las fronteras hacia la muerte.

El odio á Germania no puede estar más dentro de la raza latina, lo gritan las manifestaciones intervencionistas que son nacionales; se adivinaba en los artículos y en las caricaturas italianas, desde los comienzos de la guerra. Ahora va en grandes cartelones que se pasean por todas las calles de Roma, de Nápoles, de Florencia, de Venecia, ciudades de los nombres sagrados, que nos aureolan de luz divina al pronunciarles.

«Falta la tercera hermana latina»—dice ahora Francia:

No, hermana Francia. España también ha dicho sus palabras augustas. El pueblo español ha hablado. ¿Acaso sería nuestra ayuda bélica más beneficiosa que la neutralidad? No y mil veces no. Cruzados de brazos, pero oprimiendo nuestro corazón que late de amor, por la sagrada causa de los aliados defensores de la libertad y de la civilización fecunda, no de la otra estéril y suicida, España espera que llegue el momento de ser útil con sus energías reservadas, sus fuerzas intactas y sus fronteras abiertas...

España no quiere la guerra. Y no se la puede acusar de bastardos temores. Loarla en cambio por sus prudencias serenas.

Naturalmente que esto no se ve todavía bien claro, porque España no encontró su voz como Italia en la voz de D'Annunzio. Porque todos los que pretendieron hasta ahora reflejar con egoístas miras el alma de España, han falseado la verdad, lo mismo el envilecido mercader, á sueldo de los aliados, que el vacío parlanchín inspirado por la «influencia» germánica.

Unos y otros deben enmudecer cuando el pueblo habla. Y el pueblo español ha dicho clara y terminantemente, que no quiere la guerra.

Los esposos Mackenzie

No siempre la gloria ha de mojar sus manos en sangre, al poner una corona de laurel sobre la frente elegida, ni ha de sentir abrasados sus dedos por el odio homicida que arde en el corazón detrás del uniforme donde se clava la cruz que llaman heroica.

También acaricia frentes orladas de blancos cabellos, cofrecillos de ideal y de sabiduría; también siente la íntima frescura de los corazones en que los latidos son como el ritmo interior de plantas floridas...

Los esposos Mackenzie eran ambos profesores de la South Wells University College. El señor Mackenzie tiene el aspecto fuerte y tranquilo de un apóstol; la señora Mackenzie, ese aspecto de mujer inteligente conquistadora de sus derechos sociales y espirituales, de la que son grotescas caricaturas las furias del *Vote for Women*. El era profesor de Lógica y Filosofía; ella de Educación.

Se conocieron siendo estudiantes. Alternaban las confidencias amorosas con las confidencias científicas; cambiaban esos ingenuos presentes

de todos los novios, y además las ideas descubiertas ó pulidas como el oro y talladas como gemas. Se realizaba esa fusión perfecta, absoluta, que desconocen los hombres superiores unidos á mujeres de una educación rudimentaria, ó las mujeres que sólo entregan su cuerpo al hombre indigno de acariciarles el alma...

Trazadas así, paralelas, sus vidas, los esposos Mackenzie han ido envejeciendo cada vez más fuerte su amor y más sólida su sabiduría. Hoy diríanse los Filemón y Baucis de las dulces pastorales, pero conscientes de su felicidad, razonadores de sus sentimientos, fortalecidos por la nobleza idealista, cuando ya hace mucho tiempo que el amor dejó de ser para ellos pasión juvenil.

Los esposos Mackenzie se retiran de la enseñanza oficial. No se retiran como los comerciantes enriquecidos para «disfrutar de sus rentas», sino á disfrutar de su experiencia.

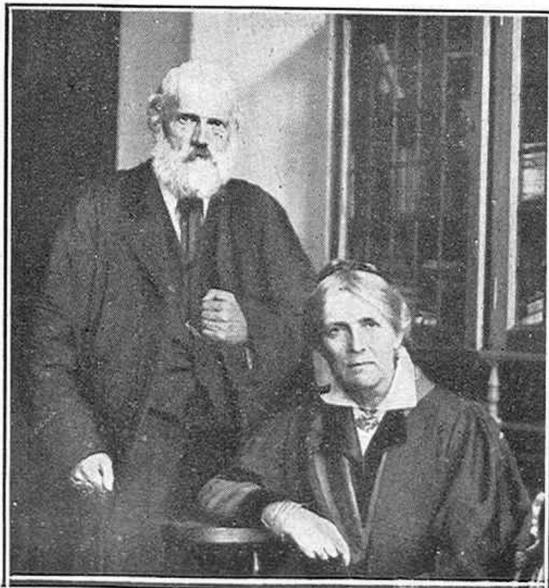
Y al imaginarles felices, tranquilos, sin otra leve melancolía que las nostalgias de sus cuarenta años de cátedra, se piensa en otro matrimonio ilustre que fundió igualmente el amor con la ciencia: los esposos Curie. También ellos fueron profesores de la South Wales University College; pero la muerte los separó demasiado pronto, dejando á Madame Curie enlutada por una doble viudez...

Un soldado sonríe

Un buen soldado alemán sonríe envuelto en el aroma y la blancura de una celinda recién florida en los campos de Flandes.

Sonríe, no tanto porque es primavera, cuanto porque le van á retratar. El poso ingenuo, infantil que hay en el alma alemana, le sube á los labios y le brinca con el sol en las barbas rubias. Es la suya una sonrisa buena, contagiosa, que debíamos suponer olvidada en un soldado después de diez meses de guerra. Este hombre habrá matado cientos de hombres que tenían el derecho á sonreír como él sonríe bajo una celinda en flor cuando llegaran los días vernaes. Este hombre lleva un anillo de boda en la mano derecha, la misma que oprime el gatillo del fusil ó de la ametralladora ó lanzó las bombas incendiarias. Acaso tiene una mujer y unos hijos que no sonreirán como él sonríe, porque sufran de hambre y porque el corazón no se les encalleció con la muerte ajena...

Pero hay todavía algo más brutal, más trágico en la sonrisa de este soldado. Acaso ya no existiera cuando esta fotografía fué remitida por la Agencia á todas las ilustraciones del mundo. Tal vez este hombre que sonreía coronado el casco y más regocijado el regocijo de su sonrisa por la blancura perfumada de una celinda, sea uno de esos cadáveres que vemos amontonados con otros, ó solo con los brazos en cruz, en medio de un camino, por donde pasó su regimiento hacia aquella iglesia que vemos humeante y ruinoso en el fondo de otra fotografía...

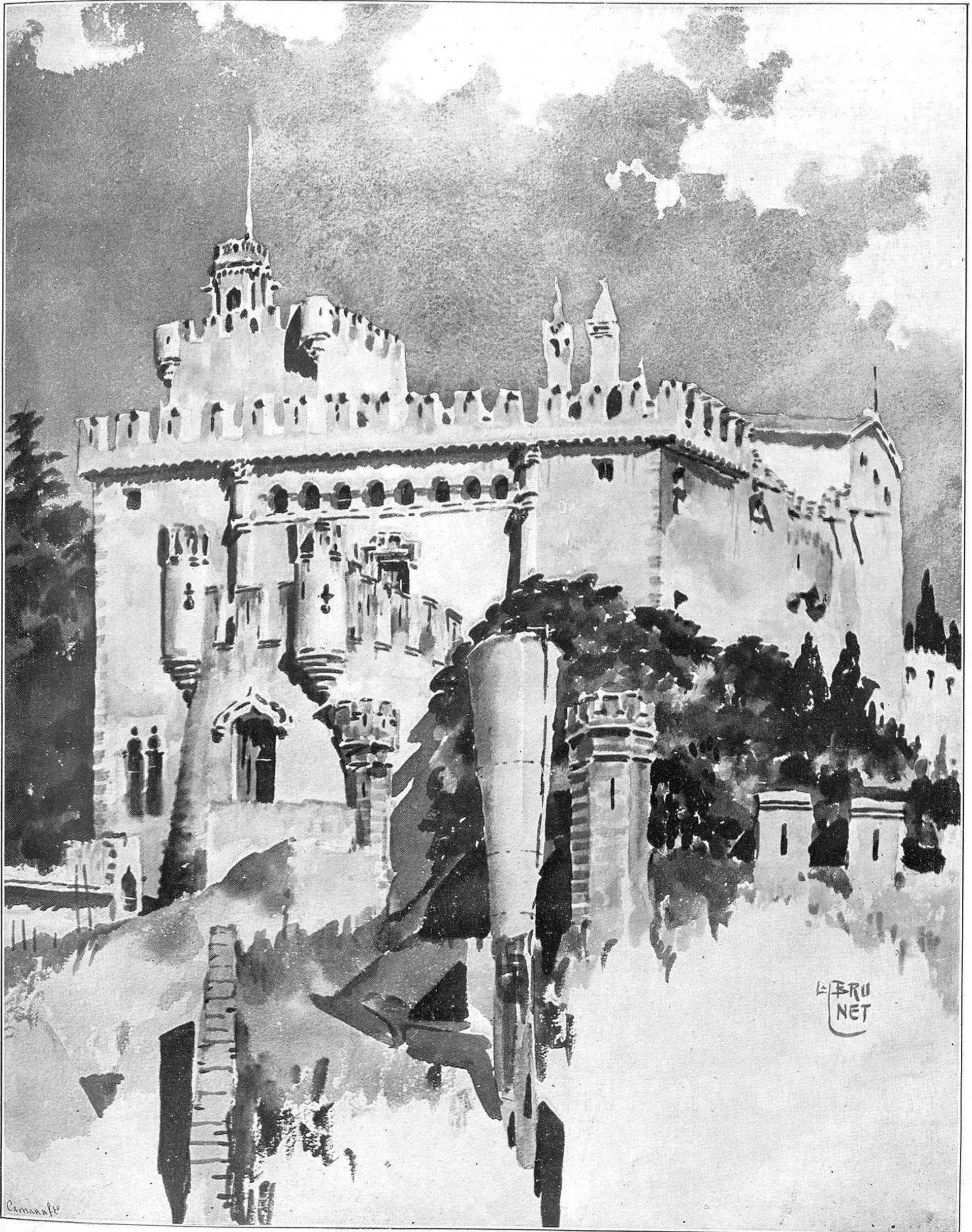


MR. Y MRS. MACKENZIE
Ilustres profesores yankís, que se han retirado de la Enseñanza oficial para consagrarse á la enseñanza privada

José FRANCES

LA ESFERA

ALREDEDORES DE BARCELONA



ANTIGUA CASA SEÑORIAL, PROPIEDAD DEL DUQUE DE SOLFERINO
Acuarela de Brunet

VEODE
BIBLIOTECA

EL CRISTO DE LOS AGRAVIOS

(LEYENDA SALMANTINA)

En tarde tibia y riente,
de fresco y florido Mayo,
después que nubes plumizas
enturbiaron el espacio,
salió el Sol, luz y alegría
por doquiera derramando.
Quieta la ciudad que á Roma
emuló por sus palacios,
marcha en un soberbio potro
doncel gentil y gallardo,
en los torneos y ciencias,
tan valiente como sabio,
henchido de gozo el pecho,
por querer y ser amado,
entero el mundo parece
se le ha rendido á su paso.
Llega al trote á una plazuela
de verde espaciado campo
donde se levanta enhiesta
la torre que, dominando
de la muralla el recinto,
del *Clavero* la han llamado.
Apoyado en un alfeizar,
ve de su adorada el brazo,
de elegante y fino escorzo,
hecho de jacinto y nardo;
son cual la granada abierta
sus mejillas y sus labios,
y tan bellos son sus ojos,
que es su mirar un halago,
y al cielo envidia le causa
verse en ellos retratado.
Caen en su frente los rizos,
cual de dos haces los rayos,
que forman rubias guedejas
en sus hombros descansando.
Al pasar pica de espuela,
vibra el eco de los cascos,
y espera con el sombrero,
de frescas flores el ramo
que arroja todos los días
aquella dama á su paso.
Mas es inútil empeño,
esta tarde espera en vano,
porque la niña no vuelve,
que la ventana ha cerrado.
Detiene, loco, impaciente,
á su nervioso alazano,
y aunque tres veces se aleja,
tres se vuelve suspirando.
Ya no se siente orgulloso
al trote de su caballo,
sino que ve en todas partes
la sombra del desengaño.

ooo

Si el galán sufre desvíos,
también doña Carmen pena,
ya que entretanto en la torre,
que escudos nobles ostenta,
donde guardaban las llaves
de la ciudad fortaleza,
la fuerte voz de don Diego
en los ámbitos resuena,
y con tonos de amargura
la dice de esta manera:
«He visto ya de don Lope
con sus armas y sus señas,
en la que hiciste primores,
una bordada leyenda.
Mas, hija mía, te advierto,
por si le estimas de veras,
que el único hombre ha sido
que me ha humillado en la tierra,
y, antes que con él casaras,
prefería verte muerta.»
Como conoce del padre
el carácter y entereza,
sin replicarle palabra
buscó alivio á sus querellas.

ooo

Cuando el luminar del día
remontó por el ocaso,
fué doña Carmen al Cristo
llamado de los Agravios,
y, en su presencia, de hinojos
le decía sollozando:
«Si ante tu pasión quisiste
que el dolor fuera menguado.
Siendo yo mujer y débil,
¿cómo podré sufrir tanto?
Ya que al golpe del martillo

crujieron tus pies y manos
y brotó sangre preciosa
de la herida del costado.
Por amor todo lo hiciste,
sé mi guía en este caso.
Llevo dentro de mi pecho
la imagen de mi adorado;
por vivir su vida vivo,
y sólo tengo el encanto
de ver la luz de sus ojos
y disfrutar del regalo
que sus acentos me causan
cuando le escucho á mi lado.
Tengo un padre tan severo
como completo hijodalgo,
y quiere que con justicia
dirija siempre mis pasos;
de sus amorés me priva
por los que tanto he penado.
¿Obedezco mi capricho?
¿Obedezco su mandato?»
Y al decir que si seguía
los paternales dictados,
la cabeza de aquel Cristo
se nimbó de claros rayos,
adquirió vida su rostro
por el dolor contristado
y la giró sobre el cuello
hasta su pecho bajando.
La niña, toda aturdida,
se llenó de horror y espanto,
cayó al suelo sin sentido
como presa de un desmayo.



La torre del Clavero, en Salamanca

FOT. GOMBAU

Ya es la vida de la dama
para don Lope un misterio,
ni ve su expresión risueña,
ni ve su cara de cielo,
é ignora cuál es la causa
de inesperados desprecios.
Mas si le abrasa el cariño,
más le devoran los celos;
pero sabida la escena
del milagroso portento,
esperó hasta que la noche
tendiera su manto negro,
á fin de que las tinieblas
encubrieran sus intentos.
Hacia la ermita del Cristo
dirige su paso incierto;
fuerza la puerta con rabia
en que se enciende su pecho.
Al sentir de aquella estancia
el religioso silencio,
se intimida y acobarda
en sus torcidos deseos.
Mas lleva la obsesión fija
de los amargos despechos
y de un salto sobre el ara,
sin temor al sacrilegio,
con sus esfuerzos arranca
aquel bendito madero,
cayendo sobre las losas,
entre horriblos estruendos.
Enajenado y confuso
ó por sus delirios ciego,
deshace con golpes de hacha

aquel sacrosanto cuerpo
y busca en la paz del campo
descanso de sus tormentos.

ooo

Vagaba solo, indeciso,
por los montes y cañadas,
mas el fragor de los truenos
su conciencia torturaba,
creyendo oír el crujido
de los golpes de su hacha
con que deshizo la efigie
en aquella noche aciaga.
Y figuraba su mente
ver una cruz retratada
al fulgor de las centellas,
entre arreboles y llamas.
Clavado el cuerpo de Cristo,
abiertas las cinco llagas
y otras heridas que él hizo
en la imagen veneranda.
De sí mismo huir quería
con aullidos y alharacas,
y cuentan los campesinos
que las noches se pasaba
delante de un Crucifijo,
arrodillado á sus plantas,
después único consuelo
de su vida desdichada.

Mariano de SANTIAGO CIVIDONES
Salamanca.



CUENTA EL CLAVE...

El clave es como una viejecita humilde
que sabe muchas cosas del bello tiempo ido,
como una viejecita que cuenta temblorosa
lo mucho que ha soñado y lo feliz que ha sido.

Sabe esta viejecita de manos afiladas
—dedos aristocráticos de pálido marfil—
entretenidos cuentos, historias perfumadas
de amor y galanía—fragancia juvenil.—

Sabe de tardes lentas, graves y silenciosas,
en que unas manos blancas, más blancas que el teclado,
iban tejiendo rimas vagas y melodiosas
en el salón con lienzos fastuosos tapizado.

Sabe de claras noches que la luna nevaba
con el encanto dulce de su melancolía,
mientras en los jardines el viento suspiraba
y la fuente galanos madrigales decía...

Sabe de días tristes en que la nieve pura
sobre el jardín severo lloraba mansamente,
mientras la voz del clave, voz llena de dulzura,
lindas canciones iba bordando ingénuamente.

En la caja del clave duerme el tiempo lejano
y, oyéndole, parece que vuelve á florecer...
¡Ved, bajo el aleteo de una cándida mano,
como cantan las dulces melodías de ayer!

¡Oh, mágicos recuerdos, en el clave dormidos,
que despertáis á impulsos de unos dedos rosados,
reflejos de venturas y de sueños queridos,
cenizas de ilusiones y de goces pasados!

Mientras la nieta toca y medita la abuela
escuchando las dulces y antiguas melodías,
á la pobre abuelita cuánto el clave consuela,
¡diríase que vuelven las muertas alegrías!

—Este clave—esta pobre viejecita humilde—
de tanto como, insomne, ha vivido y cantado,
es igual que una frente pensativa y rugosa,
es como un corazón que se siente cansado.

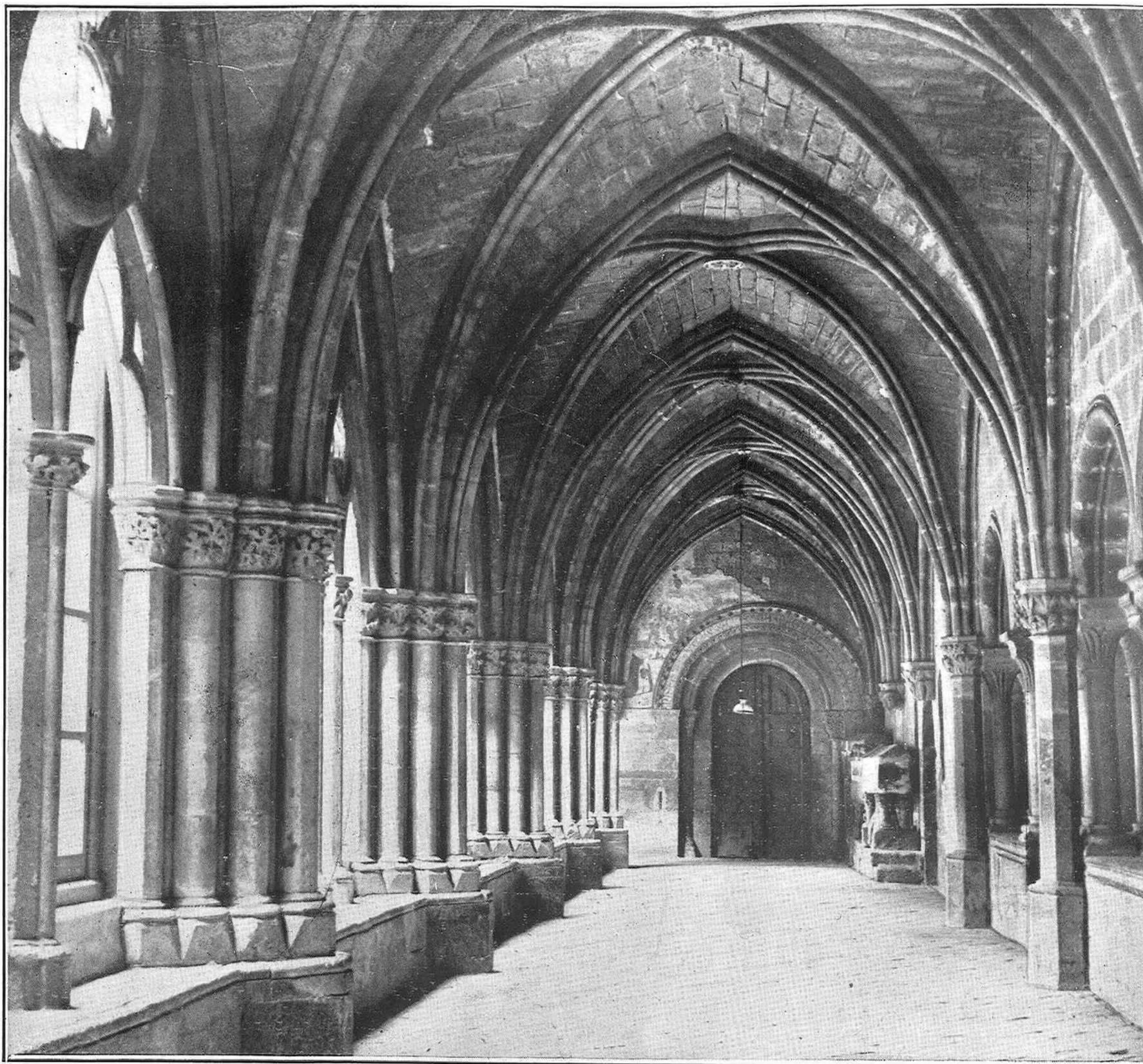
La nieta es muy gentil y muy linda, y en ella
la anciana ve su antigua belleza reflejada...
¡porque fué la abuelita tan grácil y tan bella!
¡Tenían tal encanto su voz y su mirada!

¡Oh, cuando la cabeza inclinaba graciosa
y riente, en el paso gentil de un minué...!
¡Oh, cuando recogía la mano primorosa
la falda!... ¡Oh, la tristeza del tiempo que se fué!

¡Inefable emoción de los años floridos,
fragancia que en el alma jamás se desvanece!
Todo el clave lo cuenta... y á sus dulces sonidos
el corazón su vieja ilusión reverdece.

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

J. ORTIZ DE PINEDO



El claustro del monasterio de Veruela

MONUMENTOS ESPAÑOLES

MONASTERIO DE VERUELA

ATRIBULADO y dolorido D. Pedro de Altarés, señor de Borja y deudo muy próximo de la familia real de Aragón, al ver que el reino porque suspiró se le iba de las manos, pensó que sus tesoros y riquezas no hallarían un empleo mejor que utilizándolos para erigir en un sitio donde el recogimiento y la paz le hicieran olvidar los sinsabores del mundo, una casa dedicada al culto del Altísimo y en la cual pudieran ingresar todos aquellos que, bien por vocación ó por deseo de purgar sus pecados, quisieran dedicar su existencia á Dios.

A tal objeto, dió las oportunas órdenes para que comenzase la edificación del templo, en 1146.

Observando el señor de Altarés entristecido y melancólico que su espíritu decaía y que su salud comenzaba á quebrantarse, puso todo su empeño en que la construcción del monasterio terminase antes de que el último hálito de vida escapase de su pecho. Por su desgracia, no pudo realizar su deseo, pues á los seis años de co-

menzadas las obras, una recaída en su dolencia así física como moral, hízole sucumbir á manos de la Parca, truncando con ello la mayor ilusión de su azarosa vida de luchas y sinsabores. Por el estado primitivo de las obras, no tuvo siquiera el consuelo de que su cadáver fuese enterrado en el mausoleo que, para reposo de sus mortales restos, había mandado construir.

La víspera del día en que los monjes cistercienses (llamados á Francia por el señor de Borja) se establecieron en el monasterio, cayó una horrible tormenta, señalada como la mayor que se ha conocido en aquellos lugares.

En una reducida llanura, á dos leguas de Tarazona y á una milla del pueblo de Vera, circundado por los elevados picos del Moncayo que manda con harta frecuencia sus helados cierzos, hállase enclavado el bizantino monasterio que nos ocupa.

Conducen á él dos hileras de árboles, que en la aridez de la llanura semejan un prolongado oasis en el desierto, y su exterior, que aún no

ha depuesto el belicoso aspecto que ostentaban en la antigüedad todos los edificios de los señores feudales, está defendido por un recio antemuro, instalado á la entrada, abierta en la parte más fuerte de un torreón cuadrangular que flanquean otros dos redondos. A ambos lados extiéndese la amplísima cerca, reforzada de trecho en trecho por cubos semejantes y coronada de merlonillos imitando almenas.

Es curioso el aspecto del castillo legendario que, por este detalle, presenta el monasterio al ser visto desde la lejanía...

A un lado de la inofensiva fortificación puede contemplarse el escudo de armas de don Fernando de Aragón, que cambió la mitra abacial de Veruela por la arzobispal de Zaragoza, con una expresiva inscripción ensalzando las virtudes y méritos del eminente prelado; y al otro el de su sucesor y amigo D. Lope Marco, insigne clérigo que allá por el siglo XVI mandó levantar de nuevo las derruidas murallas, basadas en los cimientos de las anteriores.



Un rincón del claustro del monasterio de Veruela

FOTS. VAL MARTÍN

Por aquella fecha, el torreón cuadrangular, cuya vejez proclaman el estilo ojival del pórtico y una carcomida estatua de San Bernardo, cobijada bajo un pequeño dosel que ostenta una lápida casi ilegible, tomó por cúpula ó remate el segundo cuerpo octogonal, con reminiscencias de gótica arquitectura.

Siguiendo la costumbre de construir en todas las edificaciones de esta índole un recinto que en caso preciso pudiera utilizarse como prisión, no podía faltar en el monasterio de Veruela una estancia que sirviera para tal fin, y, con efecto, entre cuatro recias paredes dejóse un espacio cuadrangular que, ciertamente, dábele apariencia de celda de reclusión. Sin embargo, como nunca hubo lugar ni precisión de utilizar la habitación para tales funciones, colocóse en ella una bien tallada pila y exornáronse los muros con admirables y antiquísimos frescos de gran valor.

Al fondo del amplio vestíbulo, formado por la espaciosa abadía y las dependencias y oficinas, hállase instalada la monumental fachada del templo, con un humilde y modesto campanario de rasilla, obra del mismo D. Lope Marco.

Formando un extenso portalón y ahondando en el recio muro, existen cinco arcos que sostienen otras tantas columnas, coronadas por capiteles artísticamente esculpidos, con arreglo al estilo bizantino.

La nave principal, magnífica y anchurosa, yérguese sobre fortísimos pilares, y por entre sus soberbias arcadas laterales véñese las dos naves más pequeñas, que con la grande ya nombrada componen el santuario. A pesar de la considerable diferencia de forma de estas tres naves, todas ellas tienen entre sí gran semejanza por la igualdad de su ornamentación sobria y austera.

En el angosto corredor que secciona la línea del crucero existen unas bóvedas extremadamente oblicuas y bajas. En estos recintos, lóbregos y tristes, hay cinco profundas capillas, y su situación circundando el trasaltar parece un presentimiento del arte gótico, no obstante ser su interior del más puro estilo bizantino.

El techo de estas capillas es de forma esférica. Las enormes aras sostenidas por unas columnas muy bajas, la ventana de medio punto en el fondo, algo más arriba de la mesa, el pequeño nicho instalado al lado de la epístola para colocar las vinageras y el hoyo que se utilizaba á modo de sumidero del agua son como iniciaciones en los ritos de la primitiva liturgia.

El ábside sostiénese por unas columnas bizantinas á manera de tabernáculo elíptico, y en sus arcos apenas iniciados existen destellos del arte gótico. El presbiterio recibe la luz por siete amplias ventanas, adornadas con unas sencillísimas molduras. Esta parte del monasterio no

fué terminada hasta la primera mitad del siglo XIII.

Son muy dignas de admiración las colosales puertas del retablo, que en 1544 fueron pintadas á expensas del abad Marco. Cuando están abiertas, sus pinturas representan la Ascensión y la Asunción y, cuando cerradas, la resurrección de Lázaro y la entrada de Jesús en Jerusalén...

Destácanse sobre el fondo obscuro del trasaltar y en los arcos laterales del presbiterio algunos blancos sepulcros para dos cuerpos, que rematan en agujas. A estos sepulcros fueron trasladados, en 1633, los restos de difuntos ilustres, que antes yacían diseminados por el templo bajo sencillas losas.

Mucho más podría decirse de este hermoso monasterio, pero no es posible hacerlo porque el breve espacio que han de ocupar estas líneas no permite sino una ligerísima descripción de lo más interesante que encierra el santuario de Veruela. Lo que falta de extensión á este artículo, queda compensado con la publicación de las fotografías que le ilustran y á la vista de las cuales podrá el lector confirmar cuanto se deja dicho.

No queremos terminar estas líneas sin dejar consignado el curioso detalle de que entre los muros de este histórico monasterio de Veruela hubo de escribir el inmortal Bécquer sus famosísimas «Cartas desde mi celda...»

Luis GONZÁLEZ



CUENTOS ESPAÑOLES

UN POEMA LEGENDARIO

La casona hidalga tiene una cocina que es amplia como un templo.

Gustaba yo, cuando era niño, de pasar las veladas de invierno al amor de la lumbre, en compañía de los criados que aviaban la cena. Eran seis: Dominga, una vieja que fuera doncella de mi abuela y al tiempo se cuidaba de cebar los cerdos y las aves; mi ama de leche, que se llamaba María; Rosa y Anxela; las mozas para menesteres caseros y campestres; Andrés, el gañán, y José, que era el rapaz de las ovejas.

Allí se oían grandes cosas: cuentos de brujería y de ánimas en pecado, de penitentes muertos y de penitentes vivos...; historias de enamoramientos, de marineros naufragos, de aventuras y de guerras...

A las veces me sucedía quedarme dormido escuchándolas y luego despertarme en la alcoba, dando voces porque aquellos relatos se me representaban en sueños, y aun despierto, en la obscuridad.

Era una noche de nordés, tan fuerte, que la dorna no pudo abocar al Carreiro y fué de arribada á la Cobaza.

El gato roncaba al calor del lar mirándome con sus pupilas fosfóricas.

... Me acuerdo bien. Los penachos de humo tomaron cuerpo en el vano de la chimenea. Formáronse allí rostros espantables, de bocas sin dientes y sin labios, de ojos apagados y profundos... El gato saltó al regazo de Dominga. Y en el salto yo creí que era un brazo monstruoso que se alargaba para alcanzar mi cabellera de oro. Y temblé espantado en el regazo del ama, chillando mi angustia.

—¡Pobriño! ¿Vés que es el gato?

Me mostraba al felino que, con el dorso e arco y bajo las caricias de las manos secas y denegridas de la vieja doncella, fijaba en mí las dos luces verdes é hipnóticas de sus ojos.

Volví á gritar.

Acudió mi madre al ruido.

—¿Qué tiene el niño, María?

—Nada, señorita.

—No le contéis cuentos que es muy vivo de imaginación y le hacen daño.

Escuché sus pasos leves que se perdían por el corredor. Al silencio de la cocina llegaba ahogado el cuchicheo del salón. Yo seguía temblando en el regazo del ama.

Sentóme en sus rodillas Anxela, la moza.

—¿Por qué no duerme el niño?

Y para dormirme, me balanceaba sobre sus piernas cantando una tonada montañesa.

Con los ojos muy abiertos miraba yo su cara que las llamas encendían. Ella sonreía con un *no se qué* de ingenua travesura en sus labios, que me hacía estremecer.

—¿Por qué no duermes hoy?

Sus labios carnosos y fragantes me besaron en el cabello esfumado, en la facie fina y pálida de angelote que yo tenía entonces.

—Contadme un cuento.

—No quiere mamá, mi vida.

—Tú, Dominga, anda; uno que sea bonito; un cuento de princesas ó de hadas y de encantamientos.



Narraba la vieja criada. Su voz melíflua y devota era interrumpida por los carraspeos de mi abuelo que tosía en el salón.

«Habéis de saber que en el solar de esta misma noble casa hubo algún día un castillo de recreo de un conde que llamaban don Lope. Era señor de un condado de la montaña, pero pasaba aquí más tiempo que en su señorío. Tenía grande amor á su mujer, la condesa, y ésta profesaba grande afecto á esta regalía; y también sus tres hijos y su hija. Y él, por darles placer,

estaba aquí la mayor parte del año.

Sucedió que con el descuido de su feudo dió motivo á que unos vasallos se le rebelasen. Para castigarlos partió de prisa don Lope. Salió en una hermosa mañana de Abril, caballero en un potro nuevo, más blanco que la nieve, con lucido escudrón de pajes y escuderos... Nunca en jamás se le volvió á ver en esta tierra.

Antes de marchar reunió en la sala de honor á su mujer y á sus hijos. Ya dije que tenía cuatro, una hembra y tres varones. A la niña nombrábanla doña Margarita y era de edad de ocho años; los dos niños mayores

nacieron gemelos y contaban seis: llamábanles don Juan y don Pedro; el pequeño, de tres años, llevaba el mismo nombre de su padre.

Allí se despidió don Lope de los suyos. Todos derramaron lágrimas á mares, menos la hija, que mientras lloraban se complacía en jugar con una podenca roja á la que daba gran estima. El desamor de la niña acrecentó la pena que sentían el conde y la condesa.»

—Tía Dominga, ¿y eso está en libro?—preguntó el rapaz de las ovejas.

—Sí, hijo mío; yo se lo oí leer muchas veces al padre de nuestro amo (que en gloria esté) siendo una rapaza tal como tú eres ahora.

Las mozas arrimaron unos troncos al hogar y las llamas subieron para abrazar, amorosas, la panza del pote.

Narraba la vieja criada con voz melíflua y devota. Silbaba el viento en los centenarios castaños del parque, y se escuchaba el ulular trágico de los canes que ventean la muerte.

«Quince veces llegara la cigüeña á construir su nido en lo alto de la alta torre; que quince años habían pasado desde que la alta torre estaba abandonada.

Diez años hacía que la condesa entregara su alma á Nuestro Señor, y cinco que los mancebos don Juan y don Pedro se habían partido á la guerra.

Era una noche tal como esta, de nieve y de ventisca. En el salón del castillo estaba encendida la chimenea, y al amor de la lumbre hilaba la castellana—que lo era doña Margarita—un copo de lino. Al resplandor de la fogarada la madeja y los hilos parecían de oro, y el dorado cabello de la dama brillaba como si fueran sus hebras ascuas vivas. Era una doncella hermosa entre las más hermosas y esquivo entre las más esquivas. Muchos gallardos caballeros trajera la fama de su belleza rendidos á sus pies; pero nunca jamás tuviera ninguno que vana gloriais: de sonrisas ni de miradas.

En tanto hilaba, oía atentamente un cuento de amores que su paje leía en un romance.

Los pasajes de la trova decían del vivir travieso de un juglar.

—Vuelve á leer eso—dijo la dama interrumpiendo la labor de su rueca.

En esto entraba don Lope, el menor de los hijos del conde que, como recordaréis, se llamaba igual que su padre. Era un doncel gentil y airoso, pálido el rostro y rubia la melena. Besó la mano de su hermana y fué á reposar en un sillón la fatiga de la cacería. Sus dos alanos, negros y fuertes, se tumbaron delante de su dueño.

Leyó el paje:

... «Cabe la ventana de la bella, templó el laud y cantó. Tan dulce era su voz, que recordaba los acentos con que los ruiseñores encelan á sus hembras. Tan triste y tan sentida la canción, que la princesa sintió enturbiarse los hermosos ojos por el llanto.

Se despidió el cantor; pero la noble dama mandó á sus doncellas le suplicasen que entrara á cantarle á su cámara. A media noche aún gemía el laud y sollozaba la voz del juglar... Y la princesa llorando, llorando... Las coplas tiernas y apasionadas fundían la nieve de que estaba hecho su corazón... La despreciadora de reyes y magnates poderosos, se rindió al trovador...»

—Eso no fué cierto.

—No lo sé, señora; pero está escrito así y en el mundo pasan muchas cosas que no sabemos.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—Digo que no fué cierto, porque yo, que no soy princesa, no me enamoraría de un juglar.

—No os enamoréis de nadie, hermana—dijo don Lope.

Leía el paje é hilaba la dama aquel copo de lino que parecía de oro al resplandor de las llamas. Don Lope simulaba dormir.

De repente se levantó.

—Hermana, mañana me daréis vuestra bendición, que quiero marcharme á la guerra.

—Ya sabía yo que no érais cobarde... Tendréis la mi bendición, don Lope.

Al otro día partió el joven caballero.

ooo

Llovía y ventaba fuertemente. De la chimenea caían copos de hollín, que al deshacerse sobre la piedra del lar daban ruidos extraños y lúgubres.

—Tenemos invierno para largo—dijo mi ama.

—Mal de los pobres sin acomodo—replicó el rapaz de las ovejas.

Siguió narrando la vieja criada, con voz meliflua y devota:

«Caballero en una yegua torda, caminaba el noble mancebo. Anda que te andarás, encontró con los ejércitos del rey que iban para hacer guerra á tierra de moros.

Y se alistó en ellos.

Pasaron otros cinco años. Durante ellos, to-

como una azucena, con una mueca de anhelo en el estuche coralino de la boca.

Así que desperté, advertí cómo se acentuaba la expresión de dolor intenso en las luces de sus ojos brillantes y magníficos como esmeraldas claras.

—Te desperté, monín. Duerme, niño mío, duerme.

Para que se marchara, simulé dormir.

Apagó la luz y salió de puntillas.

Tardé mucho tiempo en lograr el sueño. A la mañana siguiente tenía calentura.

Más de un mes estuve enfermo.

Las tardes de Marzo, soleadas y tibias, cuando la Primavera llega recelosa y tímida, las pasábamos en el jardín.

Mi carita se había secado hasta arrugarse. Quedara triste, con esa melancólica tristeza de los niños que convalecen después de haber rondado la tumba.

—Muere del mal de su padre—decían las mujeres, arrasados los ojos en lágrimas.

Y sobre la casona se cernía, agobiante y trágica, una nube de pesar.

A la sombra de un castaño, en la hora de la siesta, estamos los abuelos, la madre, Domingo, la vieja criada Anxela, la moza y yo. El polvo áureo del sol se filtra á través del ramaje y

reflejos que hacían milagrosa su grande hermosura.

Los ecos de un psalterio ó de una guzla, ecos apagados y quejumbrosos, regalaron sus oídos. Largo rato estuvo escuchándolos, como adormida. Luego abrió la ventana. Y allí se estuvo, en arrobo, los codos en el alfeizar, las mejillas en las palmas de las manos, los ojos en el blanco disco lunar, que reía...

Hasta la dama volaban las notas, claras y precisas, en arpegios suavísimos. Al sonar del cordaje, mezclóse un acento dolorido.

—¡Qué voz de maravilla!... ¡Y la música es como un concierto de ángeles!—murmuró.

La castellana respiraba con todo su ser aquella armoniosa querrela musical.

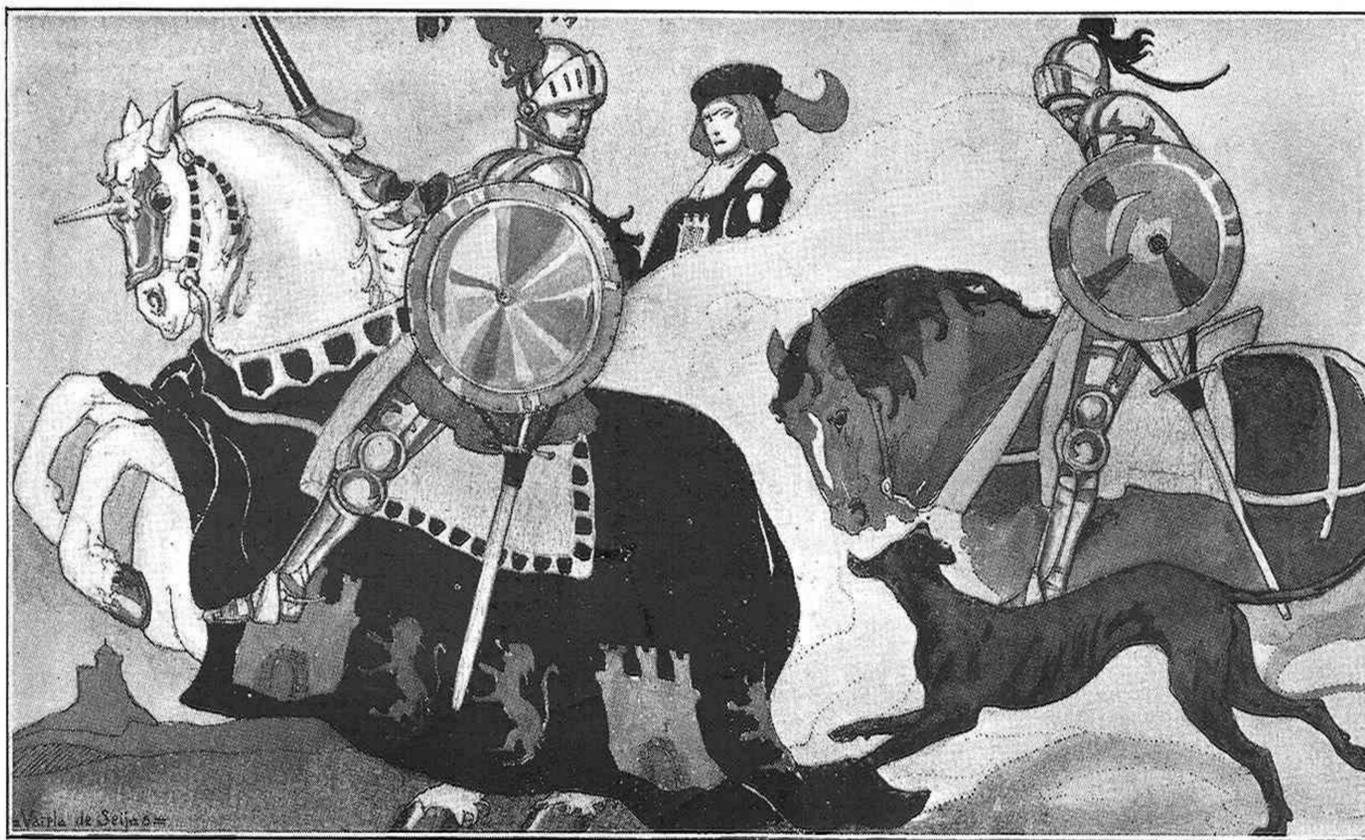
Se sucedían las estrofas, cada vez más fieras, apasionadas y suplicantes. Mendigaban amores.

Doña Margarita pensaba que podía amarse, que debía amarse.

—Hay un filtro en esa voz—susurró.

Y se embriagaba con el dulcísimo veneno que traían á su pecho las ondas de aquel aire melodioso.

El juglar se acercaba á la ventana, cantando siempre. Era un doncel airoso y gentil. Doña Margarita ya no miraba el disco de la luna. Sus



dos los días llegaban galanes pretendientes de doña Margarita. Acudían como las moscas á la miel ó las mariposas á la luz. Qué rico panal y magnífico foco de claridad era la dama. Hasta el hijo de un rey; hasta caballeros agarenos que por su mano renegarían de la ley del Profeta.

Pero no la ablandan ruegos ni la seducían visiones de riqueza y poderío. Se placía tan solo en correr selvas y montes, acompañada de su paje, que aun cuando parecía delicada, era más diestra y valiente cazadora que el más feroz y atrevido montero. No había venado ni ciervo que pudiese huir delante de su caballo, ni jabalí ó lobo al que sus flechas no alcanzasen. Buscó á la osa parida en su cueva y alojó un venablo en el corazón de la fiera; tal era de arrojada. Luego mandó al paje que matase los cachorros.»

Adivinamos más que oímos el andar leve de mi madre por el corredor. La silueta de su cuerpo enlutado y flexible ennoblecía la cocina y su perfume delicado se derramó en el ambiente como una esencia de santidad. Al tocar en los cachorros del servicio, les comunicaba algo de la gracia infinita en que flotaba su figura como en un nimbo.

Cató los manjares, dió órdenes á la servidumbre y me cojió de la mano.

—Vente, hijo mío.

La cena se prolongó hasta muy entrada la noche.

Yo me quedé dormido en el regazo de Anxela, la moza. Desperté en la alcoba bajo la sensación de un beso. Abrí los ojos. Ella me miraba con una angustia de muerte en las pupilas, con una congoja inmensa en la carita, al tiempo pálida

juguea sobre las arenas rojizas y sobre el césped esmeraldino, en motas doradas. El aroma de las lilas llega en olas densas á perfumar el encanto de nuestro retiro.

Entonces narró la vieja, con voz meliflua, el final de la historia de aquella noche invernal:

«Un anochecer de un día de verano retumbó en el valle el poderoso estrépito de las trompas de guerra. Era que al castillo llegaba un numeroso escuadrón de hombres de armas, todos cubiertos de relucientes arneses.

Se apearon los jinetes. Y los dos más apuestos capitanes de ellos, que venían á ser los gemelos don Juan y don Pedro, corrieron á estrechar á su hermana.

Pasados los primeros transportes de cariño, preguntaron á una voz los caballeros:

—¿Y cómo es que no viene don Lope á darnos la bienvenida?

—Cinco años hace que se partió á la guerra—respondió doña Margarita.

—¿Y para qué lo habéis dejado marchar, siendo tan niño?

—Más lo érais vosotros el día de vuestra partida y tornáis vencedores y cargados de botín. Día llegará en que él vuelva, coronado de gloria y cargado de riquezas.

Con esta réplica se apearon los hermanos, porque idolatraban á don Lope y veían el desamor de doña Margarita y sus grandes orgullo y soberbia.

Una noche se encontraba doña Margarita en su cámara. A través de la pintada vidriera, los rayos de la luna ponían en el rostro de la dama

ojos húmedos, se posaban, fijos, en la silueta del trovador.

Y las coplas seguían, cada vez más tristes, cada vez más sentidas.

La soberbia castellana lloraba y lloraba...

De repente se acordó de la historia que su paje le leía la noche antes de partir don Lope.

—¡Conrado!—llamó.

Acudió el paje.

—Pronto, un arco y una aljaba.

La mano de la dama no tembló. Y la flecha, agudísima, fué á clavarse en el corazón del doncel gallardo y trovador...»

«... el trovador era don Lope...»

—¡Basta!—grité.

Y rompí á llorar.

ooo

—Tú no serás como doña Margarita, ¿verdad?

—No, niño mío. Yo quiero á todos. Y á tí más que á todos.

Los labios de Anxela cayeron en mi cara. Eran unos labios ávidos de darme su calor, el calor de la vida que en ella era plétora y de mí escapaba.

Sané. Anxela murió. En mi memoria viven sus caricias. Son como un aroma de violetas mustias y ajadas, aroma exquisito que aún perfuma mi alma, llena de un recuerdo adorable.

Lectores: Tal como lo oí contar y leer este poema, os lo refiero. No sé si logrará interesaros. Pero yo me he conmovido al escribirlo.

MANUEL LUSTRES RIVAS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

LOPE
ACERCA
DE LA
TECA

LA NUEVA FASE DE LA LUCHA EUROPEA
 EN LA FRONTERA ITALO-AUSTRIACA

GASTA Rusia sus potentes fuerzas en contener el avasallante empuje de las huestes austro-alemanas, combaten en occidente, franceses é ingleses contra las tropas germanas, con objetivos secundarios y de momento, que tan sólo producen fluctuaciones sin importancia, en la extensa trocha que va de Flandes á los Vosgos; prosigue lenta y tenaz la ardua empresa del forzamiento de los Dardanelos, muestran los partes oficiales inactividad incomprensible en Servia y Montenegro, é Italia, el nuevo factor de la pelea, inicia su acción con combates de minúsculas fracciones. En una palabra, mientras los Imperios centrales no sólo contienen en todos los frentes de lucha, la numérica superioridad de sus adversarios, sino que al parecer tratan de avasallarlos en sucesivos empujes, de los que cupo en desdicha, hasta el presente, el más enérgico y decisivo el temido rodillo moscovita, los aliados operan en sus variados teatros de operaciones con absoluta autonomía, quizás, y sin quizás, por no imitar á sus enemigos depeniendo, ante el peligro común, marciales orgullos para depositar la dirección total de la pelea en todos los territorios, á un Estado Mayor mixto y único, y á un sólo generalísimo, el más hábil. ¿Francés, inglés, ruso, italiano? ¡Qué importa la nacionalidad si los intereses están aunados! El amor propio es mal consejero para lances de guerra.

Italia titubea, y como sus amigas, que ya llevan diez meses de practica marcial, somete sus iniciativas á las contingencias que se derivan de la actitud del contrario.

La frontera austro-italiana está dividida en dos grandes sectores: el primero de altas montañas desde Suiza á los desfiladeros de Carinthia, y el segundo mucho más bajo, desde los mencionados desfiladeros al golfo de Trieste. Forma el primer sector

el Trentino ó Tirol del Sur, ligado al corazón austriaco por las líneas ferroviarias del Pusterthal y el Brenner. Por el flanco Oeste de este sector es difícil el acceso á causa de los ventisqueros de Ortler y Adamello, y son tres los caminos á seguir: los de Stelvio, Tonale y Giudicaria; en el flanco Este desde el Adigio al desfiladero de Krentzberg, el terreno es más practicable, menos altos los pasos y más numerosos los caminos que permiten cruzar los Alpes Dolomitas, entre el Pieve, el Pustorthal y el Adigio, hallándose en esta región la llave natural del Trentino.

Los alpes Cárnicos forman barrera entre los desfiladeros de Krentzberg y Tarvis, más en la

misma línea del Isonzo hay terreno á propósito para el manejo de grandes masas.

Austria posee mejor red de ferrocarriles, y sus defensas fronterizas son más sólidas: Stelvio, Tonale y Giudicaria, son barreras que completan las defensas naturales. En las crestas y en los valles, modernos fuertes defienden Tresaini, Pieve, Moena, Paneveggio, Levico, Fugazze. A lo largo del Garda las defensas de Riva, forman un grupo que protege al Tirol. Trento está guardado por fuertes blindados y baterías de casamata. En el Norte, Franzensfeste defiende, aisladamente, las desembocaduras del Pusterthal y el Brenel, en el alto Adigio. La línea férrea de Ponte

tebba está defendida por el fuerte de Hensel, en el valle de Fella, al Oeste de Tarvis. Predil, Filitsch y la línea del Isonzo, han remozado sus defensas.

Italia también ha modernizado los fuertes y campos atrincherados de la frontera: Verona sigue siendo, en el famoso cuadrilátero, la base principal de operaciones de esta quebrada zona; cerca de ella el grupo de Asiago se extiende desde Arsiero á Asiago; entre el Adigio y el Tagliamento han fortificado zonas de concentración; en el alto Brenta ha completado las fortificaciones de Primolano, en el alto Piave, en Pedevana, en Agordo y en Pieve di Cadore ha perfeccionado los elementos defensivos; mas donde Italia ha echado el resto de su previsión guerrera, ha sido en la línea de Tarvis y en la del ferrocarril de Osoppo á Pontebba.

La ofensiva italiana se ha reducido, por ahora, al Isonzo y al Friul y á contrarrestar el avance austriaco por el Oeste del Garda, sobre Brescia.

La suerte está echada. El plan italiano aparece lento, tal vez porque de la Península Apennina salió el popular refrán de *qui va piano va lontano*.



Los zig-zás de la carretera en el desfiladero de Stelvio, considerada como la más alta de Europa (2.712 metros de elevación)

CAPITAN FONTIBRE

LO QUE FUE
FIESTAS MADRILEÑAS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

No ha tenido nunca Madrid mucho entusiasmo por festejos populares. Cuando alguien los dispuso, el resto de los habitantes de la Villa y Corte tomó a broma el intento y fueron pocos los que consagraron su actividad a realizarlos. Y es que Madrid carece de *espíritu local* ó de cosa que se le parezca. El madrileño, salvo excepciones contadísimas, no siente apego por el pueblo donde ha nacido y alaba a los demás con entusiasmo, sin sentir nunca enojo cuando censuran al suyo. Viene esto al tanto de lo sucedido en la primavera del 1880; se celebraron entonces las fiestas clásicas de San Isidro con una feria; hubo puestos en el Prado y en el Botánico, instalaron lujosas tiendas el Veloz Club, el Casino y el Círculo de la Unión Mercantil, y a pesar del bullicio, de la afluencia de forasteros y de que todos ellos lo pasaron bastante bien, a la postre, no faltaron críticas acerbas empleadas en vituperar defectos que al hijo de Madrid le parecen excelencias cuando se le ofrecen en otras ciudades distintas a la de su residencia.

Durante los preparativos de aquellos festejos, hubo una solemnidad académica a la cual asistí y que ha dejado en mi memoria perdurable y emocionante recuerdo. Entró Castelar en la Academia Española, leyendo un discurso exuberante, como suyo, tal vez excesivamente frondoso, recargado cuanto se quiera, pero con infinitas bellezas que todavía saboreamos de vez en cuando quienes sentimos el deleite un poco melancólico de aliviar duelos del presente con las deliciosas evocaciones del pasado.

La ceremonia se verificó en la calle de Valverde, en aquel recinto donde ahora rinde culto a las Ciencias Naturales la Real Academia de las mismas. Hubo grandes recomendaciones para poder asistir a la solemnidad. Cánovas estuvo en el sillón presidencial; Martos, que era entonces casi un revolucionario, honró la sesión con su presencia y D. Emilio, aquel inolvidable y grandioso D. Emilio Castelar, leyó parte de su trabajo con la magia aún no substituída de su decir portentoso.

¡Los viejos siempre alabando a lo pretérito, dirá algún mozo de los que suelen hablar desdeñosamente de Castelar! No, probable comentar, no. Estos tiempos que corremos, son sin duda mejores que aquellos de 1880. La cultura es más intensa, está más difundida, el nivel intelectual ha subido extraordinariamente, pero algunos hombres como D. Emilio Castelar, con grandezas singulares no han tenido todavía quien les reemplace...

Anglada, un grande amigo de don Emilio, empezaba por aquel entonces a disfrutar del soberbio palacio de la Castellana, que hoy posee Larios y se reformó el célebre café de *La Iberia*, instalado en el piso bajo de la casa del Casino en la Carrera de San Jerónimo, en el mismo solar donde después se construyó la finca que ahora alberga a la juventud maurista.

El día de Marzo en que se cerró el café de *La Iberia*, para proceder a la reforma, hubo verdadero duelo en Madrid. Aquel café constituía un archivo de curiosidades madrileñas; en él se habían reunido los progresistas y en él repercutieron las conversaciones de Olózaga, de Madoz, de Fernández de los Ríos, de Sagasta; en él refrescaron muchas veces los elegantes en las tardes del Corpus, después de la procesión y en las del verano, antes de emprender los viajes que no eran tan generales como ahora, porque había menos dinero y sobre todo menos vanidad.

D. Ramón Guerrero transformó el viejo café de *La Iberia* en un establecimiento elegante y cómodo, que a pesar de todo, tuvo existencia efímera; en aquella temporada que evoco la hubo de primavera en el Real, y eso que entonces allí se daban, en el re-



EMILIO CASTELAR

gio coliseo, ciento treinta funciones durante el invierno, con Gayarre a todo pasto, que cantaba doce ó catorce óperas; lo contrario de lo que les sucede a las estrellas de ahora, que en cuanto interpretan un par de obras se les acaba la cuerda.

Turbó el contento de los madriles, en el mes de Abril del año 80, la ejecución del regicida Otero, que disparó contra D. Alfonso XII cuando iba guiando un carruaje. A decir verdad, no fueron muy vehementes las peticiones de indulto. El Gobierno se negó a atenderlas y España entera execró el criminal intento realizado al concluir el año 1879, contra un Monarca que por su talento, por su nobleza y por su simpático proceder, iba ganándose el cariño de toda la Nación.

Coincidiendo con el citado ajusticiamiento, continuó D. José Esquerdo una serie de conferencias acerca de «Locos que no lo parecen». En tales discursos, iniciados cuando los horribles crímenes del *Sacamantecas*, en Vitoria, el ilustre frenópata, adelantándose en España a criterios hoy muy extendidos, estudiaba como mani-

festaciones morbosas algunas consideradas delictivas por los Tribunales. Era D. José Esquerdo un orador brillante, pintoresco y a oírle acudíamos muchos centenares de jóvenes que acabábamos todas las sesiones entre sonoras muestras de entusiasmo. Entre los más resueltos partidarios del insigne especialista, había dos médicos jóvenes que ya empezaban a tener fama; uno D. Angel Pulido y otro D. Manuel Tolosa Latour.

Se dió cuenta en casi todos los periódicos de la ejecución de Otero en cuatro renglones; poco más espacio consagró la prensa, y mucho merecía para expresar duelo, la muerte de un poeta, Augusto Ferrán, que había llegado con sus versos a la entraña del pueblo y que, atacado de locura, sucumbió en una tarde abrilena, después de haber escrito renglones como estos:

Qué frío va á parecerme
acostumbrado á tus besos
¡ay! el beso de la muerte.

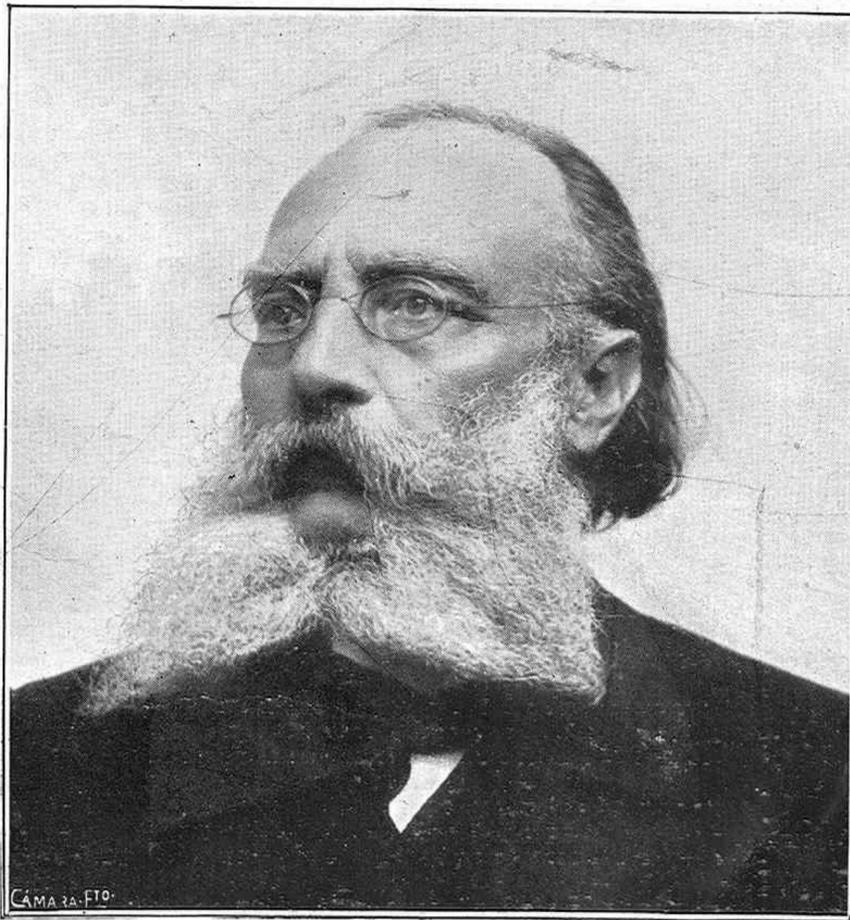
Por aquellos días nos trastornaba Sarasate tocando el violín en los conciertos del Príncipe Alfonso. Por cierto que en un promovióse un regular escándalo porque después de haber interpretado la orquesta que dirigía Vázquez una marcha de Wagner, parte del público pedía su repetición y otra parte lo contrario. Entonces era casi de buen tono llamar *sartenero* al creador de la Tetralogía. En cambio se puso de moda el positivismo y en el Ateneo se celebraron sesiones muy acaloradas en que se defendían las doctrinas de Augusto Comte, de Littré y de Stuart Mill, oradores elocuentísimos como Manuel de la Revilla y algunos muchachos de entonces, entre los que recuerdo á Cortezo y á Simarro. Defendiendo el criterio espiritualista, arrebatada al auditorio Moreno Nieto, de prodigioso verbo, González Serrano y el P. Sánchez, que era un cura muy ortodoxo, tan firme en su fe, que no temía la exposición de las incredulidades ajenas.

También por la fecha á que aludo era tema obligado en las conversaciones de los círculos literarios las obras que publicaba Emilio Zola. La fiebre del naturalismo atacó á los cerebros juveniles, y las páginas de *L'Assommoir* y de *La Faute de L'Abbe Mouret*, entre otras, se leían con la misma fervorosa avidez con que se delea el libro destinado á servir de guía al alma.

El teatro sentíase también muy animado; Ceferino Palencia logró el primero de sus grandes triunfos en la obra *Carrera de obstáculos*, que estrenaron en el desaparecido Teatro de la Alhambra, María Tubau, Balbina Valverde, Ramón Rosell, Julián Romea, muertos ya todos, y Pepe Rubio, que aún vive y ojalá dure muchos años y yo también para verlo. En el Teatro de la Comedia estuvo mes y medio Virginia Marini, una actriz portentosa, con Ceresa, un cómico sobresaliente. Representaron piezas de Sardou, de Alejandro Dumas (hijo), de Augier y algunas del repertorio clásico italiano. Entonces se llamaba comedias atrevidas y revolucionarias á *La femme de Claude*, de Dumas, y *Les lionnes pauvres*, de Augier. Lo cual quiere decir que en materia de audacias escénicas estábamos en mantillas. Bien que nuestro teatro, aparte las hermosas y geniales sacudidas de don José Echegaray, seguía deslizándose por la insignificancia, cuando no daba en deplorables espectáculos como el de un drama que estrenó Vico en Apolo y en el que había la siguiente quintilla, fragmento en donde para dar la impresión de una crisis política, producida por un discurso en las Cortes, se decía esto que de memoria cito:

El vencedor en el *forum*
y el gobierno, que tan bien
lleva a el *santa sanctorum*,
per *secula seculorum*
requiescat in pace. Amén.

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRIGUEZ



EL DOCTOR ESQUERDO



APUNTES DE UN ALBUM



Marín

LA GENTIL ARTISTA ESPAÑOLA "LA ARGENTINITA"

DIBUJOS DE MARÍN



VIEJAS SUPERSTICIONES

LA NOCHE DE SAN JUAN

Cierto que para la linda juventud con faldas no hay noche entre todas las del año que tenga las emociones desta que florece á los finales de Junio, cuando ya el ardiente imperio de Febo está bien sólido, que no hay resabio invernal que le conmueva.

No si no dijérase que todas las ilusiones, todas las alegrías y todos los proyectos (casi siempre sembrados en tierras de Cupido) acumulanse para encontrar solución en esta noche.

La velada de San Juan en todas partes acontece ser juvenil regocijo.

En las plazas de los pueblos enciéndense luminarias, y enredor del fuego, que parece sagrado por la unción con que se le mira, danza el mocerío y hace rítmica promesa de coger el trébol, que es flor privilegiada de la buena ventura.

Fuego por de fuera, que dan la retama y el romero, las aliagas y aun los espinos guardianes de las rosas, todos en haz inmenso como hoguera en que el ánimo triste de la vida hace auto de fe con las penas y los dolorosos recuerdos y, en humo transformados, los envía á las nubes.

Fuego por de dentro prendido por el grato sudorcillo de las vides que caldea la sangre y aviva los rencores de amor y celos yendo á ofrecer á Marte una sombra de sacrificio, pues contada es la velada destas que no finaliza con muy recios palos por el aquel de quién cuelga ó no el ramo más majo en la reja de la moza preferida.

Y con cuán bravo empuje suelen mostrar su empeño los místicos galanes...

Más parecen esforzados paladines llenos de coraje que donceles enamorados; pero natural

es que así sea en este modo, pues que todo fanatismo hace bravos, y nunca se dijo que de la prosa monótona del vivir se filtrara una frase medida al romancero, ni un párrafo á las crónicas de famosas y heroicas hazañas.

Y en son de bando de desaffo suele oirse esta brava copla, y antes mirando á la calle que á la reja en cuyos hierros es prendida:

«Cuatro pinos tiene tu pinar
y yo te los cuidó;
cuatro majos los quieren cortar,
no se han atrevido...»

ooo

A la hora en que ordinariamente comiézase el descanso del día es esta noche donde se empieza el quehacer y desasosiego de las mozas.

El señor San Juanito, rubio como las Candelas y como los trigales en este tiempo, es quien les va á fallar el pleito de sus amores y amoríos.

En una escudilla llena de agua serena la romperán un huevo fresco de gallina, y según la forma que tome al juntarse con el líquido elemento, sabrán el oficio de su futuro.

Dicen que el procedimiento es infalible. La fantasía amorosa lee en el agua con huevo como en un libro de clarísimas cifras.

Unas niñas ven un barco y dicen que su marido será hombre de mar.

Otras un martillo..., una sierra..., y dan como cosa fatal que el compañero de su vida futura tiene de ser carpintero.

Tales hay que no tratan sino de cerciorarse en dónde asiste Amor con más fuerza, en ellas ó en

el galán, y para ello evocan el milagro de la rama florecida.

Debajo de la cama ponen unas ramitas verdes, dando á cada una el nombre de uno de los amantes; aquella que amanezca en flor, será la que tenga la savia del cariño.

Pocas veces habrán rezado tan devotamente oración alguna como esta con que piden la gracia divina del milagro:

«Señor Jesús de mi vida,
primo del Señor San Juan,
destas varas que aquí pongo,
la que dé flor ¿cuál será?
Si mi novio me quisiere,
cubre su vara de flor
y que florezca la mía,
si es que me quisiere yo.»

Y en cuanto amanece el día, los ojos ansiosos, y amantes, van á buscar el prodigio... Y diz que San Juan, que es bueno y un poco socarrón, casi siempre hace que florezcan las dos varas á la par.

El prodigio es más notable de lo que parece en sí, porque suele permanecer inadvertido para aquellos á quienes no toca de cerca la ocasión del milagrito.

Para apreciarle en toda su verdad, se ha menester fe, porque las florecillas que el Señor San Juan manda á Cupidillo el ciego, sólo se distinguen con los ojos de la ilusión, que es como se ven todos los milagros...

Al otro día, prosigue entre la gente sencilla de la aldea la algazara, y se comenta vivamente si el Señor San Juan, primo del Niño Jesús, es ó no buen casamentero.

DIEGO SAN JOSÉ



EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES
LA SALA INTERNACIONAL



"Sevilla en fiesta", cuadro de Gustavo Bacarissas

No ha consentido la guerra europea que este año tenga la Exposición de Bellas Artes el carácter internacional que señala el flamante Reglamento en su artículo 3.º del capítulo primero.

Ello nos ha privado de contemplar las obras de merítísimos artistas extranjeros y de establecer comparaciones que tal vez en este caso no fueran odiosas, puesto que demostrarían algo de lo cual estamos convencidos bastantes: la supremacía de la pintura española sobre la de las otras naciones.

Pero si nos trajo—en lo que al arte dentro de España se refiere—la guerra europea ese contratiempo, ha servido, en cambio, para dar la voz de alerta.

Hemos sorteado, efectivamente, un peligro;

pero nos aguarda otro menos fácil de resolver, si no aprovechamos estos dos años que faltan para la próxima Exposición en dos cosas necesitadas de indiscutible reforma: el Reglamento y el local para Exposiciones.

Este año han sido seis artistas los que han solicitado instalación especial. En la Exposición próxima serán tantos como individuos poseedores de primera medalla se consideren con derecho á la de honor; es decir: todos. Supongamos que la vanidad no ciega más que á una minoría capaz de unirse á los que realmente estén en condiciones de aspirar á la última recompensa. Siempre tendremos un número no menor de veinte señores que soliciten instalaciones individuales.

Si á esto unimos las salas que habrán de

concederse á los artistas extranjeros ó á los invitados especialmente por el Comité, y se tiene en cuenta que el palacete del Retiro no posee—con las divisiones y subdivisiones de este año—más que veintiuna salas, ustedes dirán cómo y dónde van á colocarse las obras de los infelices que no tengan la fortuna de una primera medalla ó tengan las dos desgracias: de haber nacido en España y no considerarse dignos el Comité de una instalación especial.

Y las Exposiciones patrocinadas por el Estado deben ser precisamente para estos últimos, para dar á conocer los artistas jóvenes, para estimularles y alentarles y procurar con esto la renovación y perfeccionamiento estéticos de nuestra patria. Téngase en cuenta que el más nimio apunte del más arbitrario é indocumentado



"Canal de Venecia", cuadro de Fernando Laroche

de los pintores jóvenes, vale por toda una instalación como la de D. Francisco Domingo.

¿Quiere esto decir que deben recusarse como innecesarias ó perjudiciales las salas de aquellos artistas que adquirieron el derecho á la medalla de honor?

No y mil veces no. Prescindiendo de resurrecciones de señores justamente olvidados, desechando instalaciones que pudiéramos llamar arqueológicas y que sólo favorecen á ciertos individuos, á quienes perjudicaría la competencia con otros más contemporáneos, las salas personales deben existir. Acaso—y sin acaso—lo más serio, lo más fundamental de la actual Exposición, hayan sido los envíos de los artistas que tenían instalación especial.

Pero... deben hacerse dos Exposiciones consecutivas: una para esa clase elegida de artistas y otra para los demás. A no ser que á fuerza de obstáculos y dificultades demos en lo más urgente y procedente: la elección de nuevo local para las Exposiciones futuras, que muy bien pudiera y debiera ser el de los altos de la Castellana, convertido en cuartel de la Guardia civil.

De este modo también podría invitarse dignamente á los artistas extranjeros, cuya exhibición es tan necesaria, por lo menos, como la de medallables á la de honor, y servirá de idéntico estímulo que ella á los doblemente desgraciados, de quienes hablaba anteriormente.

ooo

La sala décimotercera de esta Exposición está consagrada á los extranjeros, y es bastante notable, á pesar del reducido número de expositores.

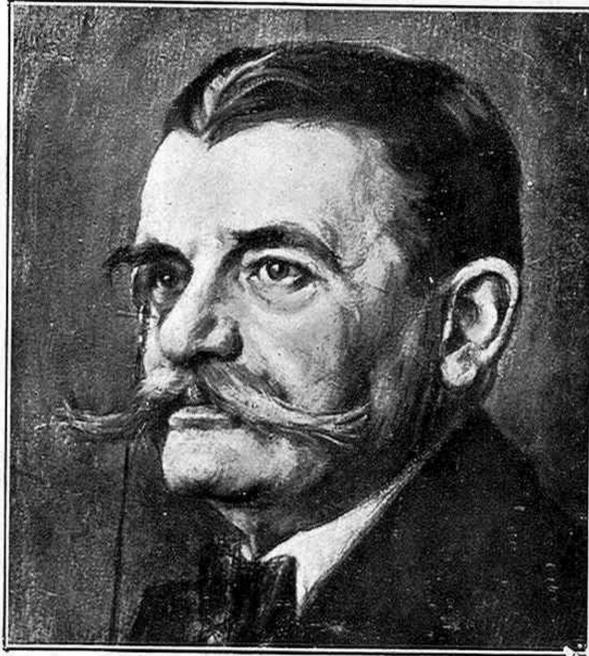
En ella hay de todo; pero, en honor á la verdad, abunda lo bueno, y dentro de esta bondad, la más sólida y afirmativa rica en los paisajes, como una ratificación de las otras salas españolas.

La obra de mayor tamaño y de más pretensiones, por ende, es *Sevilla en fiesta*, del Sr. Bacarisas.

El Sr. Bacarisas nació en Gibraltar. Es hijo de padres españoles; pero en uso de su legítimo derecho figura como súbdito de Inglaterra. Podemos, pues, considerarle como español por el asunto de su obra, aunque el procedimiento recuerde á otro español que quiere ser francés—el Sr. Anglada—, ó mejor aún á varios italianos de la escuela luminista.

Sevilla en fiesta es un lienzo que desconcierta bastante. La primera impresión es agradable, sugestiva; llegamos á confundir en ella la emoción interior con la visualidad exterior. Luego, más reposados los ojos, más recobrado el dominio de

la sensibilidad, *Sevilla en fiesta* nos deja algo fríos y la olvidamos fácilmente. Y, sin embargo, no podríamos decir que es un cuadro mediocre; faltaríamos á la justicia si dijéramos que está mal construído. No, no es eso. Tiene armonía, bello cromatismo, es simpático de tonos y de asunto. Pero, aparte del impersonalismo—porque una evolución como la del Sr. Bacarisas y á la edad del Sr. Bacarisas no suele responder á una modalidad sentimental, sino á una autoimposición cerebral—, aparte de esa falta de impersonalidad, repito, hay en este cuadro algo que está divorciado de nuestro concepto del arte pictórico. Y no se olvide que este concepto se ha formado lo mismo en las sequedades austeras y nobles de Velázquez ó en la



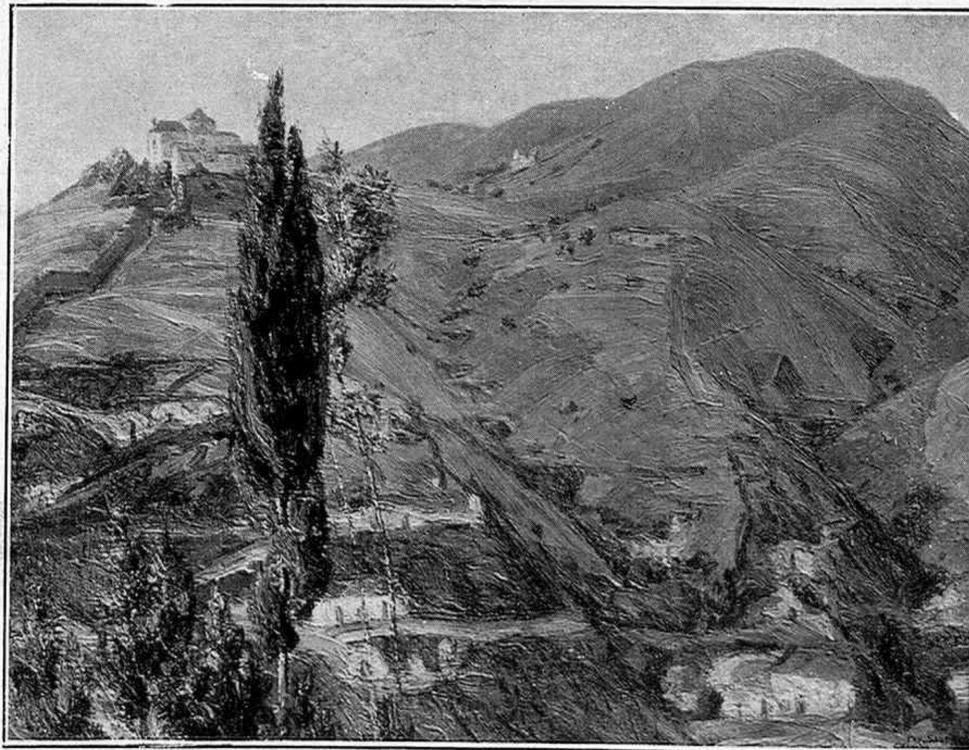
"Retrato de S. A. el Príncipe de Ratibor", cuadro de Bereny

epilepsia genial de Goya, que en el audaz luminismo de Sorolla.

El otro cuadro del Sr. Bacarisas, titulado *Soleá*, carece de importancia, y antes sirve para perjudicar, descubriéndole martingalas, á *Sevilla en fiesta* que para favorecerle, acusando sus reales y verdaderos méritos.

De Fernando Laroche ya hemos hablado en estas mismas páginas al ocuparnos del paisaje. Su envío constituye, con el del húngaro Nagy, lo más sólido de esta sala.

Dícenme que Fernando Laroche es un excelente pintor de figuras, además de un admirable paisajista. Lo que resalta y se acusa vigorosamente en él es una sensibilidad educadísima y un sentido decorativo extraordinario. Ni una sola de las notas que presenta carecen del doble interés de la concepción y de la ejecución. A ve-



"Alto de San Miguel (Granada)", paisaje de Sollmain



"Retrato de la Sra. S. y su niño", de Miss Nelly Harvey

ces Laroche elige un estado de alma para transmitirlo en un estado de naturaleza; á veces, sólo pareció preocuparle un bello acorde ó un armónico recorte para después, al interpretarlo con este trivial propósito, irlo impregnando de emoción, sin él darse cuenta quizás.

Ernesto Laroche expone también dos lienzos titulados *Tarde estival* y *Parvas*. Ignoro si será discípulo de Fernando Laroche; pero me atrevería á asegurarlo. Sin perder por completo una personalidad simpática y un sentimiento íntimo, algo más apagado que el de Fernando Laroche, se acentúa mucho el ejemplo de este último.

Segismundo de Nagy es un pintor inquietante y encantador. No ya sus cuadros *En la taberna* y *El naranjero*, cuyo desequilibrio impresionista desconcierta á los buenos burgueses, sino lienzos admirabilísimos como *Mañana de primavera* y *Gitanas* causan una sensación agresiva de transmutación de valores estéticos. Más de un siglo de pintura seca, detallista, concluida hasta la vulgaridad más minuciosa, pesan mucho en el criterio. No obstante, los cuadros de Nagy son admirables, y, dentro de una modalidad artística, más comprensible para el vulgo—vulgo profesional y vulgo profano—*La barca verde*, *Puerto de Fasajes* y *Después de la lluvia*, son insuperables.

El italiano Octavio Steffenini presenta un «Desnudo decorativo» (1) que es un hallazgo de actitud y de nota. No muy bien colocado y posponiéndole á unos lienzos del Sr. Infante, escasos de toda clase de cualidades aceptables, el cuadro del Sr. Steffenini me parece uno de los mejores de esta sala.

Rodolfo Bereny presenta los retratos del príncipe de Ratibor, embajador de Alemania, y del conde de la Cimera. Muy sueltos de estilo y muy sobrios de color ambos.

A la señorita Harvey nos permitiremos reprochar su retrato del torero Vicente Pastor. Siempre es una nota de mal gusto retratar á un torero. El torero es siempre la negación de toda emoción estética; pero la señorita Harvey agrava la elección de modelo con un traje de luces y un capote que únicamente á la rudimentaria sensibilidad de un revistero de toros pueden parecer bellos.

Mencionemos un buen paisaje granadino—algo frío é inseguro—del alemán Sollmain, los grabados de Delucchi y de Franco y unos paisajes de Sindlecova.

SILVIO LAGO

(1) *Nudo decorativo* según el desdichadísimo catálogo oficial del señor Mateu, plagado de erratas, defectos tipográficos y de unos fotograbados inadmisibles.

BIBLIOTECA

NUEVO MUNDO

EDITADO POR LOS
FUNDADORES DE
MUNDO GRÁFICO

Y

LA ESFERA

—
GRANDES REFORMAS
DESDE 1.º DE JULIO

—
AUMENTO DE TAMAÑO
Cuarenta y ocho páginas

—
30 CENTIMOS



POR ESOS MUNDOS

La Sociedad Editorial **PRENSA GRÁFICA**, propietaria de "Mundo Gráfico", "La Esfera" y "Nuevo Mundo", se ha hecho cargo también de la revista mensual

Por Esos Mundos

Desde el próximo mes de Julio,

Por Esos Mundos

aparecerá reformado, con aumento de tamaño y con notables mejoras en su confección. En lo que a su fondo se refiere, las orientaciones de esta nueva etapa de

Por Esos Mundos

habrán de ser francamente culturales y educativas. Sin dejar de ser una revista fundamentalmente española y concediendo, por tanto, especialísima atención a las manifestaciones de nuestra vida científica, literaria y artística, actual y pretérita, publicará, en esmeradas tra-

ducciones, cuanto de excelente y atractivo registra la literatura extranjera y es en España desconocido ó poco popularizado, seleccionando, además, entre las mejores revistas mundiales los trabajos más sobresalientes en ciencias físicas y naturales, historia, geografía, viajes, bellas artes, arqueología, mecánica, grandes y pequeños inventos, colonización, etc., etc.; de tal suerte, que leyendo

Por Esos Mundos

se estará al tanto del movimiento intelectual y artístico, así como del desarrollo material de las principales naciones. Todo ello expuesto en forma amenísima y fácilmente asimilable, alternando con artículos, crónicas y poesías de los mejores autores españoles adaptados a la finalidad de esta publicación, dibujos y caricaturas, páginas de música, curiosidades y pasatiempos. Seguramente estas reformas de

Por Esos Mundos

serán del agrado del público hispanoamericano, en cuyo obsequio se realizan.

Precio de cada número: UNA peseta en toda España

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** □ Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse a los concesionarios exclusivos:

Sres. **ORTIGOSA y COMPAÑÍA**—Rivadavia, 693)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica :::: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 ::::

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden □ Hay ascensor

COMPAÑY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29

